[40]

EL CIEGO DE LYON.

Drama en cinco actos, arreglado del francés por D. V. de L. *para representarse en Madrid en el teatro de Novedades, el año de* 1858.

PERSONAGES.	ACTORES.
ALBERTO MOREL.....	*Don Pedro Delgado.*
MR. DUPERRIER.....	*José Calvo.*
MR. DARCY.....	*José Albalat.*
MR. ROUSSEAU.....	*Ceferino Hernandez.*
ARMANDO (*el incógnito*)....	*Antonio Zamora.*
REMY.....	*José Alisedo.*
LUISA.....	*Doña Maria Rodriguez.*
GENOVEVA.....	*Antonia Scapa.*
SUSANA.....	*Concep. Sampelayo.*
JULIETA, *niña*.....	

La accion pasa en nuestros dias.

ACTO PRIMERO.

Gabinete de trabajo: á la izquierda, mesa de escritorio con libros, papeles, etc.

ESCENA PRIMERA.

REMY, *concluyendo de limpiar los muebles del salon.*

Pues señor, ya he concluido; todo está arreglado. Las diez. (*mirando un reló de sobremesa.*) Otro dia que empieza, tan uniforme y monótomo como los que le han precedido; esto es insoportable. Desde que el señor Duperrier, hace seis meses, obligó á partir á su hijo, gozamos de una tranquilidad ascética, poco conforme con mis ideas y principios. Porque á mi, qué me importaba la conducta del señor Armando? Nada; por el contrario, su desarreglo me dejaba muchas propinas y bastante libertad; mientras que ahora, con el cajero, que tendrá, cuantas virtudes quieran, pero mucho de severidad, todo en esta casa ha mudado de aspecto; sin embargo, tambien nuestro Caton se escaria; anoche ha vuelto á las cuatro, y hoy no ha bajado al despacho todavia. Su alma, su palma, como suele decirse; no tiene un cuarto, conque sus vicios en nada pueden serme útiles. Estoy próximo á emigrar; este claustro no simpatiza con mis costumbres.

ESCENA II.

REMY *y* GENOVEVA *por el foro, en trage de luto.*

GEN. Remy!

REMY. Señorita!

GEN. Está usté solo?

REMY. Absolutamente.

GEN. Me habia parecido escuchar...

REMY. Era yo, señorita, que raciocinaba á v ces.

GEN. Aun no ha bajado el señor Alberto?

REMY. No, señorita.

GEN. Estará enfermo?

REMY. Fatigado tal vez.

GEN. Ha pasado la noche en vela?

REMY. Lo habeis acertado.

GEN. Trabaja demasiado; Mr. Duperrier es tan exigente...

REMY. Con todo...

GEN. Qué?

REMY. Mr. Duperrier no tiene negocios á las cuatro de la madrugada...

GEN. Y el señor Alberto...

REMY. Ha vuelto á esa hora.

GEN. Cómo?

REMY. No tengo duda; y vestido de etiqueta; vendria de algun baile.

GEN. Imposible! De un baile! Su luto le impide.... y es demasiado bueno para olvidar lo que debe á la memoria de su madre, como yo á la de mi pobre madrina. Remy, eso no puede ser; informaos, y...

ESCENA HI.

Dichos y ROUSSEAU, *por el foro.*

ROU. Está visible Mr. Duperrier?

REMY. Siempre, para su notario.

ROU. Si quisieseis decirle...

REMY. Que le esperais? Al punto.

GEN. Y luego, subid al cuarto del señor Alberto; averiguad si su salud...

REMY. Volveré á noticiároslo, señorita. (*vase; al volverse Rousseau para tomar una silla, vé á Genoveva.*)

ESCENA IV.

GENOVEVA *y* ROUSSEAU.

ROU. Perdonad, Genoveva, no os habia visto.

GEN. Perdonadme á vuestra vez, señor Rousseau; preocupada con...

Rou. Si, estais triste.
Gen. Triste no; inquieta.
Rou. Puedo saber la causa?
Gen. Si... La salud del señor Alberto...
Rou. No ha bajado todavia?
Gen. Por eso temo...
Rou. En efecto... y es estraño en un dependiente...
Gen. Es mas que eso; es el cajero de la casa.
Rou. Con tan pocos años!
Gen. El señor Alberto es digno de la confianza que en él se deposita.
Rou. Le conoceis!
Gen. Desde niño.
Rou. Es acaso compatriota vuestro?
Gen. No señor, pero su madre, viuda de un militar, habia venido á establecerse aqui, viviendo de su trabajo, con el cual, á fuerza de sacrificios, logró dar á su hijo una educacion escogida, aprovechando las bellas disposiciones con que le habia favorecido la naturaleza; dotado de un alma de artista, bien pronto dió á conocer por sus adelantos en el dibujo, que estaba llamado á una esfera superior. Pasó tiempo; y cuando por mandato de Mr. Duperrier, antiguo amigo de mi padre, y mi protector despues de su muerte, se me hizo entrar en un colegio de Lyon, volví á encontrar al niño hecho hombre, y al discípulo transformado en Maestro; un año lo fué mio, hasta que la enfermedad de su madre le hizo abandonar aquel cargo. Pero juzgad de mi sorpresa, cuando al venir aqui hace tres meses, donde la bondad de Mr. Duperrier nos destinaba un asilo á mi madrina y á mi, encontré al señor Alberto, instalado en el despacho. Entonces supe que cediendo á los ruegos de su madre moribunda, habia mudado de carrera; ya veis si somos antiguos amigos.
Remy. (*saliendo.*) Ya viene el señor.
Gen. (*ap. á Remy.*) (Y Alberto?)
Rou. (*id.*) (No está en la caja ni en su habitacion.)
Gen. (Dios mio!)
Rou. Qué es eso? Qué teneis?
Gen. No es nada, caballero; si me permitis...
Rou. Id con Dios, señorita.
Gen. (Qué puede haberle ocurrido?) (*vase.*)

ESCENA V.

Rousseau y Duperrier.

Dup. Buenos dias, Rousseau. Habeis recibido mi carta?
Rou. Y en respuesta de ella, os traigo los sesenta mil francos que depositasteis en mi poder, y el pliego cerrado que debia indicarme el destino que habia de darles. Vos mismo quereis disponer de esa cantidad, previendo el caso en que la muerte... Habeis hecho muy bien. Tomad. (*entregando una cartera y un pliego.*)
Dup. Gracias.
Rou. Y qué tal, os sentis completamente asegurado en vuestra salud?
Dup. Mi salud! No lo creais; por momentos se debilita, y mi vida es un dolor incesante. Ojalá que la muerte concluya pronto con esta pobre máquina, que se destroza con tan rudos golpes.
Rou. Que es eso? Vos deseais morir! Un hombre dichoso...
Dup. Porque soy rico, no es verdad? Como si todo estuviese encerrado en eso.
Rou. Vaya, despreocupaos, y hablemos de negocios; ajustemos nuestras cuentas, quiero cesar á la vez como deudor y como notario.
Dup. Pues qué?..
Rou. He vendido mi cargo, y quiero hoy mismo dejar á Lyon.
Dup. Haceis bien, pues vuestra fortuna os pone á cubierto... pero y vuestra hija?
Rou. Me la llevo á Nimes, donde pienso fijar mi residencia; dentro de poco vendrá á despedirse de vos.
Dup. Tan pronto!..
Rou. Saldré á las dos, y he dado órden de que la silla de postas venga á recogernos á la puerta de vuestra casa.
Dup. Podeis disponer de un tercer asiento en vuestra silla?
Rou. Sin duda.
Dup. Pues os agradeceré ese favor, si me evitais la fatiga de un viage; tengo necesidad de mandar á Genoveva á Varangel, y me tengo por dichoso confiándola á vuestros cuidados y á los de la señorita Luisa.
Rou. Os deja Genoveva?
Dup. Sabeis que muerta su madrina, la pobre niña ha quedado sola en el mundo; su presencia en esta casa es inconveniente, no pudiendo yo, por mis negocios, ejercer sobre ella la vigilancia que su estado reclama; asi pues, he determinado remitirla á un pariente, que la acoge, al saber es poseedora de una pequeña fortuna, pues la destino la suma que me acabais de entregar, sin perjuicio de añadirle un dote, si mas tarde se presentase un partido decoroso.
Rou. Con efecto, sesenta mil francos es una fortuna para esa jóven.
Dup. Demasiado poco hago por ella. — Vamos á otra cosa, y perdonad esta última consulta. Qué parte me permite la ley distraer de mi fortuna?
Rou. Cómo? Querriais desheredar á vuestro hijo?
Dup. Mi hijo! El es el que me mata.
Rou. Vuestra severidad exagera sus estravios.
Dup. Al contrario, mi buen amigo; mi indulgencia es la que ha hecho de mi hijo mi mayor tormento, y acaso mi verguenza en el porvenir.
Rou. Qué quereis decir?
Dup. Que yo, que le he dejado vivir sin hacer nada, soy el que le ha hecho un vago, engreido con la fortuna de su padre; yo he alimentado sus desórdenes, sin enseñarle jamás á conocer el verdadero uso de las riquezas; yo he segado en su corazon la semilla del bien, y estad seguro que vendrá un dia en que, poseedor de ese oro que mi laboriosidad ha juntado, sus vicios se aumentarán, perdiendo sobre el tapete el sudor de tantas vigilias. Y entonces, pobre y despreciado, sin conocer el trabajo, qué camino quedará abierto para saciar el desenfreno de sus inclinaciones? El crimen, y mas tarde el suicidio.
Rou. El señor Armando viaja por Italia, segun me habeis dicho; no recibis cartas suyas?
Dup. Si, cartas órdenes.
Rou. Pero vos deberiais...
Dup. Rehusar á su vencimiento? Ya ese medio está ensayado; pero sabeis las resultas? Se me han presentado pagarés con mi firma... comprendeis?... Y he pagado por no deshonrarle.
Rou. En efecto, eso es triste!
Dup. Direis todavia que soy dichoso?
Rou. No, porque sois un hombre honrado!
Dup. Honrado! No pongais el dedo sobre esa llaga, porque brotará la sangre de la herida! El corazon del hombre es un abismo, en donde solo penetra Dios! Honrado! Puede serlo el que engaña á una pobre muger, seduciéndola y abandonándola? Puede ser honrado el cobarde que encuentra en su camino á un hombre, único sosten de su familia, y sin escuchar las palabras de conciliacion que el generoso adversario le ofrece, roba á la sociedad un hombre de bien, y á se

familia el apoyo que Dios le concediera? No, el infame autor de semejantes hechos, no puede ser honrado.

ROU. Pero vos...

DUP. Y aun creeis que hago algo por esa pobre niña! Puedo, por ventura, volverle lo que la he quitado?

ROU. Luego el hombre que matasteis en desafio...

DUP. Era el padre de Genoveva.

ESCENA VI.

Dichos, y GENOVEVA.

GEN. Señor, os traigo el correo.

DUP. Está bien, hija mia.

GEN. (No ha venido!) (*observando furtivamente.*)

DUP. Genoveva?

GEN. Señor!

DUP. Sois afectuosa y buena; endulzais mi soledad haciéndola menos horrible; no obstante, me vais á abandonar.

GEN. Abandonaros, señor?

DUP. Hoy mismo; esperaba una carta de vuestro tio Landry, y esa carta ha llegado.

GEN. Por qué quereis que os deje?

DUP. Razones poderosas, vuestro interés mismo, ordenan esta separacion; veo llegar el fin de mi vida, y no quiero dejaros sin un apoyo en el mundo; no temais por vuestro porvenir; aqui y allá seré el mismo para con vos. Mr. de Rousseau os ocompañará hasta Nimes, donde vuestro tio vendrá para llevaros consigo. Disponeos para partir.

ROU. A las dos.

GEN. Tan pronto!

DUP. Nos veremos antes de vuestra marcha. Venid, amigo mio, aun me restan algunos pormenores que comunicaros.

ESCENA VII.

GENOVEVA, *despues* ALBERTO.

GEN. Partir dentro de una hora! No volverle á ver, cuando está mi corazon prensado por la incertidumbre... Oh! él es!

ALB. Buenos dias, Genoveva; no me ha llamado el señor Duperrier!

GEN. No; ignoraba... que... yo si, sabia... (Qué agitado está!) Y estaba inquieta...

ALB. Inquieta!

GEN. Por vuestra tardanza; temia...

ALB. Qué temiais?

GEN. No poderos dar mi postrer adios!

ALB. Os vais?

GEN. Si, parto. Vuelvo á Varangel, donde conoci á vuestra madre, y en donde ya no encontraré sino su tumba.

ALB. Y alguna vez ireis á rezar sobre ella?

GEN. Y pediré á Dios por la que ya no existe!

ALB. Y por mi!

GEN. Por vos?

ALB. Soy muy desgraciado.

GEN. Desgraciado! No me engañaba mi corazon! Qué teneis? Las lágrimas humedecen vuestras mejillas; abrasa vuestra mano! Oh! hablad!

ALB. Y qué he de deciros! No sé; dispensadme que os aflija!

GEN. Alberto! Cuando niños los dos, vuestra madre nos acariciaba juntos; mas de una vez sus labios me llamaron hija; no creo haber sido indigna de ese título; soy vuestra hermana pues; habladme como un hermano.

ALB. Oh! Genoveva, lo que me pedis es mucho; la confianza que reclamais, no la hubiese hecho á mi madre! Pobre muger! Dichosa mil veces, pues al remontarse al cielo, no ha visto en el mundo cubierta mi frente por la infamia y el deshonor.

GEN. Qué decis?

ALB. No es justamente infamado, el que juega lo que no tiene, y no puede restituir la suma que su debilidad le ha hecho perder?

GEN. Habeis jugado, Alberto?

ALB. Si, he jugado... y he perdido, obedeciendo á un vértigo... á una locura... no sé! Pero escuchad... escuchad..... ya que una parte de mi secreto se ha escapado de mis labios, á mi pesar; escuchadme, aunque vos, inocente, sencilla y pura no me podais comprender.

GEN. Hablad, Alberto; el corazon de la muger comprende todos los dolores!

ALB. Pues bien... amo.

GEN. Amais?.. (Dios mio!) Amais? Oh! qué dichosa debe ser la que hayais elegido?

ALB. Ella lo ignora.

GEN. Cómo?

ALB. Si, porque pertenece á ese mundo, que no admite del artista mas que el talento.

GEN. Pero dónde, cómo habeis conocido á esa muger?

ALB. Deseosa de penetrar en los misterios de ese arte divino que reproduce las maravillas de la naturaleza, fui nombrado su maestro; la vi y la amé encendiendo mas cada dia mi insensata pasion, al contacto de su mano incierta, guiada por la mia trémula; á la aspiracion de su aliento confundido con el mio; á la ondulacion de sus rizos que casi acariciaban mi frente!..

GEN. Oh! seguid... seguid!

ALB. Cada dia, al separarme de ella, juraba no volver, y allí me arrastraba de nuevo una fuerza magnética é irresistible; por fin, llamado por mi madre, me alejé de Lyon, y al recoger su último suspiro, empeñé mi palabra de abandonar mi carrera, y dedicarme al comercio; asi lo he cumplido. Y vos, Genoveva, en quien he encontrado aqui una tierna amiga, habreis podido observar con cuánta constancia me he consagrado á trabajos tan nuevos para mi. Creia muerta mi pasion; pero hace pocos dias la he vuelto á ver, á ella, y mi corazon latió de nuevo inclinándome hácia la perdicion.

GEN. Hasta ahora nada hay que pueda motivarla; tranquilizaos por Dios, y hablad mas bajo!

ALB. A toda costa quise encontrarme en su camino, supe que una amiga suya daba un baile, al que ella concurria; me proporcioné una esquela, y aunque por mi luto no me era dado invitarla á bailar, seguíala por do quiera con mis ojos; ella me conoció, y una sonrisa hechicera acogió mi primer saludo, medió la noche; el cansancio la llevó lejos del salon, á una pieza donde se jugaba; allí la segui, estaba con su padre; para estar cerca de ella, era preciso jugar; jugué lo que llevaba... perdi... no queria abandonar mi puesto, y jugué maquinalmente sobre mi palabra... ella se levantó, quise hacerlo tambien, y una voz me detuvo diciéndome: «Caballero, pierde usted dos mil francos. Jugad, que aun podeis desquitaros.» La esperanza de hacerlo, me obligó á continuar, á los pocos momentos debia diez y seis mil, y mi contrario no me daba mas que una última revancha. Oh! qué tormento! Clavaba mis uñas en el tapete... los ojos desencajados... el semblante lívido... la respiracion ahogada... una carta, una sola podia salvarme...

GEN. Y bien?

ALB. Pero no vino, no; habia jugado al doble, y perdia

treinta y dos mil francos; quedéme mudo, helado por el terror; mi contrario me alargó una targeta, y se despidió diciéndome: «Mañana me enviareis esa suma.» Y se fué, y ese hombre confia en mi palabra y en mi honor, y no puedo pagarle, porque soy pobre!.. Comprendeis por qué la infamia está impresa sobre mi frente?

GEN. Calma, por Dios; no teneis nadie que os preste esa suma?

ALB. Treinta y dos mil francos al que solo vive de su trabajo! Qué poco conoceis el mundo! Un solo amigo, á quien voy á escribir... tal vez si este me falta, y mi acreedor no me concede un plazo...

GEN. Se lo direis todo á Mr. Duperrier?

ALB. Eso, jamás! Primero me mataria.

GEN. Alberto!

ALB. Genoveva; hacedme la gracia de enviarme á Remy.

GEN. El es el que se acerca. Alberto, recordad á vuestra madre, y su memoria sea vuestro escudo; sufrid y esperad.

ESCENA VIII.

Los mismos, REMY; *despues* LUISA.

ALB. Remy; llevareis estas dos cartas; la una en casa del caballero de Rouvray, plaza de Bellecour, y la otra al hotel de París.

REMY. Le conozco muy bien.

ALB. Recogereis ambas respuestas, que no entregareis sino á mi; solo á mi, me entendeis?

REMY. Si señor. (*al llegar al foro, sale Luisa en trage elegante de viage, y detiene á Remy para preguntar.*)

LUI. El señor Rousseau está en casa de Mr. Duperrier?

ALB. Esa voz!.. (*asombrado.*)

REMY. Si, señorita. (*vase por el foro.*)

ALB. (Es ella!) (*este aparte debe oirle Genoveva.*)

GEN. (Ella!..)

LUI. (Alberto aqui!..)

GEN. El señor Rousseau creo que os espera, señorita.

LUI. Si, para partir en seguida.

ALB. Partir!..

GEN. Voy á participarle vuestra llegada. (Ella! Oh! esta es la que él ama.) (*vase.*)

ESCENA IX.

ALBERTO *y* LUISA.

ALB. Dejais á Lyon, señorita?

LUI. Dentro de algunos momentos; pero no esperaba encontraros aqui.

ALB. Estoy en mi puesto.

LUI. Ah! si; es verdad; recuerdo que me digisteis ayer vuestro nuevo método de vida, que á la verdad no me esplico; cuesta tanto á ciertas almas privilegiadas trocar la gloria por el prosaismo de los negocios!

ALB. Decis bien, señorita; pero sigo la senda que mi pobre madre me indicó al morir.

LUI. Su parecer era cuerdo, caballero, porque asi labrareis vuestra fortuna; de otro modo hubierais solo conquistado una corona.

ALB. Que como la del Redentor, hubiera punzado mi cabeza con sus espinas.

LUI. Muy material os encuentro, y es muy sensible para mi, á fuer de buena amiga y agradecida discipula haber de renunciar á la esperanza de veros enaltecido hasta el puesto á donde vuestro talento os llamaba. Espero no obstante, que reformareis vuestro parecer cuando os hayais asegurado un porvenir. Tenemos muchos negociantes, pero pocos artistas que formen la gloria de su pais; y yo, admiradora de ellos, quizá habré hablado dejándome llevar de mis convicciones; pero tiene á mis ojos mas valor una obra maestra del arte, que un cofre repleto de oro.

UN CRIADO. Mr. de Rousseau, espera á la señorita.

LUI. Está bien. Parto convencida de que nos volveremos á ver, y de que para entonces, ya habreis reformado vuestra opinion.

ESCENA X.

ALBERTO *despues* REMY.

ALB. Oh! Si; lo he entendido perfectamente; ella hubiera preferido al artista coronado! Y quién ha dicho que yo no puedo conquistar esa corona? Ea! valor y en la lucha... Amarga realidad! Qué pronto se ha disipado mi sueño. (*viendo entrar á Remy*)

REMY. El señor de Roubray no vuelve á Lion hasta dentro de ocho dias; el otro caballero me ha ordenado que os diga, no puede concederos plazo alguno, pues sale esta misma tarde para continuar sus viages; no obstante, os aguardará hasta las ocho.

ALB. (Oh! qué vergüenza!) Remy! (*despues de una breve pausa.*) Volvereis al hotel de Paris, y entregareis al mismo sugeto, la carta que voy á escribir.

REMY. Está bien.

EL CRIADO. Mr. Duperrier os llama, señor Morel.

ALB. Voy en seguida.

CRIADO. Remy; ayudadme á bajar los enseres de la señorita Genoveva.

REMY. Es que...

ALB. Id, Remy; cuando volvais encontrareis la carta sobre mi mesa. (*vase Remy.*) Si mi acreedor es inexorable, á las ocho todo estará concluido. Ya está corriente la carta; dejémosla aqui y vamos á ver á Mr. Duperrier.

EL CRIADO. (*dentro.*) Podeis marcharos, Remy; el resto queda á mi cargo.

REMY. (*saliendo con dos sombrereras.*) Cuanto tiempo para colocar un equipage; pero será ilusion mia? A pesar de su embozo, he creido reconocer... Dudo! pero hay tanta semejanza! Alli está; al otro lado de la calle, (*asomándose á la ventana.*)

ESCENA XI.

REMY *y* GENOVEVA.

GEN. Remy, dónde está el señor Alberto?

REMY. Acaba de subir por la escalerilla de la caja.

GEN. Habeis traido las respuestas que aguardaba?

REMY. Si, señorita; pero no creo que sean muy favorables; el señor Roubray no está en Lyon; y en el hotel me han contestado que es imposible aguardar; yo no lo entiendo; ahora tengo que volver con una segunda carta para la misma persona, la cual habrá dejado escrita y sobre esa mesa el señor Alberto. Permitidme que vaya á bajar estas sombrereras, para cumplir con su encargo.

ESCENA XII.

GENOVEVA, *sola; tiene en la mano la cartera dada por Rosseau á Duperrier en la escena quinta.*

Qué debo hacer? Iluminame tu, padre mio, desde tu celestial morada; tu noble corazon no hubiera vacilado; Alberto es mi hermano; y yo puedo evitar el sacrificio de una vida pronta á inmolarse en aras del honor! Bendito seas, padre mio, que legas á tu hija los medios de redimir á Alberto; ignore siempre esta ac-

cion, como siempre ignorará este amor casto, que era la esperanza de mi vida. Veamos; la carta está dirigida al señor Vanheld; esta debe ser; el sello está húmedo todavia... abrirle una carta!.. Oh! no vacilemos! «Caballero, concededme ocho dias; en ocho dias quedareis pagado ó yo habré muerto! No, tu no morirás, porque debes vivir para ella; para la que amas. Dios que te ha quitado una madre, te ha dado una hermana. (*mete con prontitud en la carta dos billetes que estrae de la cartera, volviendo á cerrarla y poniéndola en la mesa.*»)

ESCENA XIII.

DUPERRIER, GENOVEVA, LUISA, ROUSSEAU, *despues* REMY

DUP. Genoveva!
GEN. Heme aqui, señor.
ROU. Querida niña, el coche nos espera.
REMY. (*entrando.*) El carruage está corriente.
LUI. Señorita; el señor Duperrier me ha referido los títulos que teneis á su cariño; mi padre, que vá á reemplazarle por breve tiempo, os ha ofrecido su proteccion, y yo os ofrezco mi amistad.
GEN. Procuraré hacerme digna de la una y de la otra. A dios, señor; perdonadme estas lágrimas que no puedo contener. Yo hubiera querido tener mas valor para no afligiros.
DUP. A Dios, Genoveva; esto era forzoso que sucediera; solo el agradecimiento os detenia á mi lado; se que nada he hecho para merecerlo, porque todo lo debeis á vuestro padre; por lo mismo procuraré en adelante seguir mereciéndoos ese afecto que me profesais, y que tanto os realza.
GEN. Oh! Señor! (*cayendo de rodillas para besarle la mano.*)
DUP. Qué haceis?
GEN. Rindo un pequeño tributo á la mano que me ha sostenido y guiado.
DUP. (Dios mio! La mano que la ha sumergido en la horfandad!)
GEN. Pediré al cielo constantemente por vuestra vida y vuestra salud, y Dios escuchará los votos que eleve por mi segundo padre. (Y por el hermano que amaré mientras viva!)
REMY. (*tomando la carta de la mesa de despacho.*) Vamos al hotel de París.
GEN. (*viendo alejarse á Remy.*) Por aquel que me habeis ayudado a salvar. (*dirigiéndose al cielo; y dando un abrazo á Duperrier.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el interior de la caja; puerta en primer término de la derecha del actor, que es la de entrada; en el segundo de la izquierda, una escalerita de caracol que figura comunicar con las habitaciones del piso superior; en tercer término una chimenea encendida; en el primero otra puerta que se supone dar à un saloncito. Un buró, dos sillones; una caja de hierro etc. En el foro hay una ventana que estará abierta, y por lo que penetra la luz de la luna.

ESCENA PRIMERA.

UN DESCONOCIDO *envuelto en una capa y el rostro medio cubierto por una bufanda.*

Todo el mundo duerme en la casa, segun el silencio que se nota. Aprovechemos el tiempo; el buró... la caja debe estar á la derecha. Exactamente; con tal que mis llaves esten bien modeladas!.. Bravo. (*abriendo la caja.*) Los billetes de banco estarán como otras veces en la segunda tabla. Justo! He aqui un legajo. (*tomando un paquete de billetes; ruido dentro.*) Diablo! Pues hay gente levantada! (*mirando por la puerta derecha.*) Y vienen hácia este sitio. El cajero, sin duda! No puedo ocultarme! Ah! La escalerilla que sube al saloncito verde... Esto es lo mejor; el cajero poco podrá detenerse, y en seguida, con facilidad puedo... Serenidad; la partida está ganada, y si el riesgo ha sido mucho, el provecho es positivo. Vamos. (*desaparece por la escalera; Alberto sale por la puerta derecha, con una bugia encendida, única luz que habrá en la escena.*)

ESCENA II.

ALBERTO *cierra la puerta tras de si; coloca la bugia sobre la mesa y cae abrumado sobre un sillon.*

No hay esperanza! He puesto en práctica mi único recurso. Despues de la partida de Luisa, á la que no veré mas, he corrido á la casa de campo de Roubray; le he espuesto mi situacion, y con una insensibilidad de roca me ha pedido garantias! Y cuáles puedo yo darle? Debi preveerlo. Por otro concepto, aun admitiendo la posibilidad de que el señor Vanheld me concediese el plazo que le he pedido, podria tampoco satisfacerle al término de los ocho dias? Nada espero! Ea, deudor insolvente, no posees mas que tu vida; paga con ella; estoy decidido. Pero antes debo dejar en órden las cuentas del señor Duperrier y hacerle entrega de las cantidades que me tiene confiadas. Recapacitemos. Ay! mi pobre cabeza trastornada, lucha en vano, y con todo, es preciso... Un esfuerzo, un esfuerzo mas. Esta mañana he recibido de la casa Chevreul setenta y dos mil francos en un bono sobre el banco; hele aqui. (*le saca de su cartera y lo pone en la caja.*) Inscribamos esta suma en mi libro de caja. Veinte y dos de marzo de mil ochocientos cincuenta!.. Veinte y dos de marzo!.. hoy hace un año que mi pobre madre cesó de existir! Mi madre! Su tumba está en Varangel; si pudiese morir á su lado! Si, lo quiero. Vamos, menos debilidad; trabajemos.

ESCENA II.

ALBERTO y DUPERRIER.

DUP. Alberto!
ALB. Señor!
DUP. He visto desde mi cuarto luz en la caja, y he venido á impedir que trabajeis á esta hora.
ALB. Queria arreglar todas mis cuentas, para entregaros mañana la llave de la caja.
DUP. Para entregarme la llave!...
ALB. Si señor...
DUP. Y qué motivo!...
ALB. Voy á partir.
DUP. A dónde vais?
ALB. A... á Varangel.
DUP. Os comprendo; sois un buen hijo. Alli os llama una tumba, que hoy hace un año fué erigida; tampoco he olvidado tan fúnebre aniversario.
ALB. Vos, señor?
DUP. Si; vuestra madre era una santa muger, que os amó mucho, y que merecia mejor suerte que la que le deparó su destino.
ALB. Conocisteis á mi madre?

Dup. Mucho; pero por largo tiempo ignoré el lugar de su residencia, que ocultaba religiosamente, por no compartir con nadie la sublime tarea de educaros y de proporcionaros los medios de subsistencia; esta abnegacion abrevió sus dias, legándoos á mi, para que en lo sucesivo la reemplazase.

Alb. Y habeis cumplido demasiado bien su postrera voluntad; mi corazon agradecido no olvidará nunca vuestra benévola acogida, y las lágrimas con que regasteis la carta de mi madre, de que era portador...

Dup. Y vos ignorais el contenido de aquella carta?

Alb. Lo ignoro todavia; escrita en el mismo dia de su muerte, hubiera creido profanar su memoria penetrando un misterio que no se me confiaba.

Dup. Se acerca el dia en que le conozcais.

Alb. Cómo?

Dup. Venid, Alberto, y escuchadme. (*se sientan.*) Hace un año que estais á mi lado; y en todo él me habreis visto severo y exigente para con vos, no obstante de notar como nótaba vuestra aplicacion y constancia; pero os he querido someter á una prueba, de la que habeis salido victorioso; mi indulgencia de carácter ha perdido á mi hijo, y yo os queria trazar otra senda para hacer de vos, lo que sois; un honrado joven. Tres meses há que os confié mi fortuna, que habeis manejado integramente; hoy quiero hacer por vos algo mas; á contar desde este dia, sois mi asociado, mi compañero.

Alb. Señor... vuestra bondad me confunde; qué he hecho yo para merecer... bajo qué título puedo creerme digno...

Dup. Bajo qué título, me preguntais? No os lo quiero ocultar. Conoceis este papel? (*sacando una carta que Alberto toma.*)

Alb. La carta de mi madre!

Dup. Leedla.

Alb. Pobre madre! Cómo temblaba su mano al trazar estas líneas. «Próxima á dejar este mundo de miserias, tomo la pluma para recomendaros á mi hijo; á mi hijo, que tiene un noble corazon y amor al trabajo. Mi obra está concluida, y mi espiacion completa. Creo haber purgado mi falta, al ver que Dios ha tenido piedad de mi dándome ese hijo. Fuy culpable y abandonada; pero el cielo que no abandona nunca á los desgraciados, me mandó á mi Alberto, que cree ser hijo de un honrado militar muerto en el campo de batalla.» Cómo? Pues qué, no soy el hijo de un soldado? El apellido que llevo...

Dup. Es el de vuestra madre.

Alb. Conque es decir que mi padre, no contento con abandonar á su víctima, lo hizo tambien conmigo, negándome hasta su nombre?

Dup. Vos maldecireis á ese hombre, no es verdad?

Alb. Yo, señor, no sé maldecir; bendigo á mi pobre madre, y me compadezco á mi mismo.

Dup. Vuestra madre ha sido vengada; el culpable ha llorado su culpa y la llora todavia con las lágrimas del arrepentimiento.

Alb. Luego existe?

Dup. La ambicion y el orgullo le llevaron á contraer un enlace con otra muger, hollando sus deberes; y en cambio de la dicha, aceptó un caudal que ha visto aumentarse, pero que no ha formado la tranquilidad de su vida; su esposa murió legándole un hijo; y mientras que Sofia Morel bendecia al suyo, yo maldecia al heredero de mi nombre, mónstruo execrable de vicios y desórdenes.

Alb. Dios mio!

Dup. Solo en el mundo, un año hace que esta carta vino á derramar un bálsamo saludable en mi corazon, al saber que tenia otro hijo digno y honrado, en quien depositar mi afecto.

Alb. Yo... yo vuestro hijo! Es esto un sueño?

Dup. Sí, tú eres el hijo de mi falta, por mas que no pueda todavia darte en público este nombre; pero lo hago ante Dios, y un dia será en que pueda repetirlo á los hombres; y en ese dia, cuando merced á tu laborosidad te hayas asegurado un porvenir, al verte honrado y dichoso, tu madre y Dios me perdonarán desde el Cielo.

Alb. No temais, Señor, que mis labios pronuncien vuestro secreto; Dios mio! Harto dichoso me haceis con participarme el de mi nacimiento, y con poder decirme á mi mismo, tengo un padre. Pero seré digno de ese título?

Dup. Puedes dudarlo?

Alb. (Gran Dios! Cómo decirle... Como confesarle...)

ESCENA IV.

Los mismos y Remy.

Remy. Perdon, Señor Morel, os creia solo.

Alb. Qué quereis?

Remy. Como no os he encontrado en vuestra habitacion en las primeras horas de la noche, y como he visto luz en la caja, no he querido retirarme sin daros la respuesta que sabeis.

Dup. Pues bien, hablad.

Remy. Es que...

Alb. Hablad el Señor lo ordena.

Remy. Si consentis en que lo diga... por mi parte..... Cuando entregué vuestra carta al estrangero del hotel de París, me dijo... El Señor Morel paga sus créditos sin contar las cantidades; no le he ganado sino treinta y dos mil francos, y me remite cuarenta mil.

Dup. Qué escucho!

Remy. Decidle, añadió, que le devuelvo sus ocho mil francos... (*sacando el billete.*) Y aqui los teneis envueltos en vuestra carta, que tambien me ha dado.

Alb. Qué significa!...

Dup. Y esa carta...

Remy. Hela aqui, Señor.

Dup. Jugador!.. Tambien jugador!

Alb. Pero Remy, bien sabeis que yo no os he dado ese dinero!

Remy. Señor, yo no puedo saber lo que contenia una carta cerrada.

Alb. Pero...

Dup. Basta.— Salid. (*á Remy.*)

Remy. (No he tenido la culpa; él lo ha querido, allá se las componga.) (*vase.*)

ESCENA V.

Los mismos, menos Remy.

Alb. (Dios mio!.. No sé que pensar..!

Dup. Rendidme vuestras cuentas, caballero.

Alb. Mis cuentas?...

Dup. Sin duda; en dónde está vuestro libro de caja?

Alb. Hele aqui. (*tomando el libro y presentándosele.*)

Dup. Debeis tener en vuestro poder...

Alb. Ciento ochenta y dos mil francos.

Dup. Eso es.

Alb. Sesenta y dos mil en un bono sobre el banco; cien mil en billetes, y el resto en oro y plata; todo se encuentra en la caja.

Dup. Estais bien seguro?

Alb. Cómo!

Dup. Estais bien cierto que el dinero está completo?

ALB. No os comprendo!
DUP. No me comprendeis? Preguntad á vuestra conciencia!
ALB. A mi conciencia? Qué, sospechais!.. Sospechais de mi?.. Oh! qué verguenza! Venid... tomad... tomad... (*sacando los valores del arca y dándoselos.*)
DUP. Si, veamos.
ALB. Diez y ocho mil en dinero; sesenta y dos mil en el bono... vuestros billetes... diez... veinte... cuarenta... sesenta... (*contando por paquetes.*) Oh! Dios mio! Dios mio! (*buscando en el arca.*)
DUP. Acabad!
ALB. Faltan cuarenta mil francos!
DUP. Luego han desaparecido!
ALB. No sé... yo estaba seguro...
DUP. Yo tambien lo estoy.
ALB. Vos... de qué?
DUP. De que sois un ladron!
ALB. Ladron!... Yo ladron!
DUP. Si, que teniendo que satisfacer una deuda creada por el vicio, has osado atentar á lo que te estaba confiado por la honradez.
ALB. Pero si no es cierto!... Yo no he pagado...
DUP. Desmentireis esta prueba? Ved el recibo que se os envia, escrito al respaldo de vuestra carta; porque esta carta es vuestra, es vuestra misma letra.
ALB. No obstante... yo os juro...
DUP. No jureis!
ALB. Señor... escuchadme...
DUP. Desmentid esta prueba! (*mostrándole el billete.*)
ALB. Esto es un sueño horrible!... Yo estoy loco!
DUP. Mirad este recibo.
ALB. Si... si... es verdad... he jugado... he perdido... pero nada he tomado de vuestra caja.
DUP. No me alucinareis con ese dolor fingido; con esa desesperacion mentida!
ALB. Madre mia! Madre mia!
DUP. Confesad vuestra culpa y quizás perdone un momento de estravio; confesad vuestro crímen, desgraciado!
ALB. Soy inocente; he perdido, si; he perdido treinta y dos mil francos, todo eso es cierto; pero acusarme de un crimen que no he cometido, no lo confesaré jamás!
DUP. Añadis al delito la desverguenza?
ALB. Yo ladron! Cuando hace un momento queria suicidarme delante de esa caja, por no sobrevivir á la pérdida de mi honor! Yo robaros! Las apariencias me condenan, pero en presencia de Dios y por la memoria de mi madre, juro que soy inocente.
DUP. Olvidad, caballero, la confesion que hace poco he tenido la debilidad de haceros. Esta carta de vuestra madre... (*la quema en la bugia.*) ya lo veis... no existe; ni aun la huella queda de todo lo acaecido. Vos no sois al presente, para mi, mas que un empleado infiel, de quien quiero tener piedad, ocultando su falta; pero salid inmediatamente de mi casa; salid; yo os despido!
ALB. Oh! no me dejareis asi!... Escuchadme con calma, padre mio!
DUP. Desgraciado! No pronuncieis ese nombre, que me recuerda el derecho que tengo de maldeciros!
ALB. Por piedad!
DUP. Apartaos, y salid sin dilacion de mi casa. (*vase Duperrier; Alberto cae con desesperacion en una silla inmediata á la mesa; al caer rueda la bugia, quedando la escena á oscuras.*)
ALB. Dios mio! Dios mio!

ESCENA VI.

ALBERTO *y el* DESCONOCIDO.

DES. Por lo visto, pasó la tempestad; esta es buena ocasion; huyamos. (*al andar tropieza con un mueble.*)
ALB. Qué es esto? Gente aqui!... ese bulto... (*yendo hácia él.*)
DES. Soy perdido; por aqui... (*se vá hácia la ventana.*)
ALB. Miserable, tú eres el ladron! (*luchan un momento cerca de la ventana, hasta que el Desconocido le tira al suelo y logra evadirse saltando por ventana.*)
DES. Maldito seas!
ALB. (*cayendo al suelo.*) Socorro!... Socorro!... Al ladron! Al ladron!!!.. (*con voz ahogada buscando en la oscuridad.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala, cerrada en el fondo por una gran vidriera, que deja ver la ciudad de Nimes; caballete y en él un lienzo con una santa, cubierto con un velo: estatuas, cuadros y todo lo concerniente á un taller de pintura: Puertas derecha é izquierda; en el segundo término de la izquierda chimenea; una mesa en el mismo lado, con jarrones con flores; silleria; etc.

ESCENA PRIMERA.

SUSANA, *despues* LUISA.

SUS. La lámpara se ha apagado por falta de aceite; esto es señal de que ha estado ardiendo toda la noche; el señor Alberto se quiere mal. Despues de pintar por el dia, dibuja por la noche. Qué habrá tan tapado en este caballete? (*yendo á verlo, entra Luisa.*) Ah! sois vos, señorita.
LUI. Si, traigo flores para el Señor Alberto; no está en su estudio?
SUS. No, señorita; ha salido; por cierto que iba tan preocupado, que ha pasado junto á mi sin conocerme; me pareció muy pálido.
LUI. Por qué?
SUS. Debe haber pasado la noche trabajando.
LUI. Si? Pues yo haré que el doctor Darcy le riña con severidad.
SUS. El doctor! Vos si que podeis reprenderle y os escuchará, porque no hace mas que lo que vos le indicais; y eso es justo.
LUI. Por qué?
SUS. Friolera! Le habeis salvado la vida!
LUI. Yo no he hecho nada; mas generosa ha sido Genoveva.
SUS. No lo creo yo asi.
LUI. Ni qué hay de meritorio, en una accion que cualquiera hubiese practicado? Detenidos dos dias en uno de los pueblos de nuestro tránsito, donde debíamos esperar al tio de Genoveva, vimos llegar al parador á un jóven, á quien habian encontrado desmayado, inmediato á una tumba, en el cementerio de Varangel. La casualidad hizo que se encontrase en el parador el doctor Darcy, á quien sus negocios llevaban á Lyon. Le examinó, respondiendo de su vida, é indicando que la causa de su mal era haber querido envenenarse; se indagó quién era, para dar parte á su familia, y supimos se llamaba Alberto, y que venia de Lyon; este nombre y estas señas me hicieron entrar en cuidado; mas cuál seria mi sorpresa, al reconocer él al mismo Alber-

to que yo conocia... por qué tú sabes que le conocia anteriormente?

SUS. Si, señorita, si. (*con malicia.*)

LUI. Desde entonces nos consagramos á su cuidado, exigiendo de mi padre nos detuviéramos hasta verle fuera de peligro; ambas nos lo propusimos, pero Genoveva, mas fuert , mas constante que yo, fué, puedo decirlo sin envidia, su verdadera salvadora.

SUS. Ya, porque vos temblariais, llena de emocion, cada vez que os acercabais... y esto se esplica bien; como Genoveva no conocia al jóven!

LUI. Qué quieres indicar con ese tono?

SUS. Nada, señorita; sino que yo tengo unas ideas...

LUI. Ideas?

SUS. Muy raras; pero á mi modo de ver, mas han sanado al enfermo vuestras lágrimas, que las medicinas del doctor.

LUI. Vamos, voy á escribir á Genoveva, que ya hace quince dias que llegamos, y aun no he cumplido con este deber.

SUS. Aqui teneis todo lo necesario. (*en la mesa.*)

LUI. (*escribe.*) «Mi buena Genoveva: (*Genoveva aparece.*) Empiezo esta carta abrazándoos, porque os amo.»

ESCENA II.

Dichas y GENOVEVA.

GEN. (*abrazando á Luisa.*) Y yo, porque os amo, tambien os abrazo.

LUI. Genoveva!

SUS. Este es de todo corazon. (*por Luisa y Genoveva.*)

GEN. Tardaba en recibir noticias, y he venido á buscarlas.

LUI. Y yo os lo agradezco.

GEN. Cómo está?

LUI. Bien.

SUS. Completamente?

LUI. Un poco débil.

SUS. Y un poco triste.

LUI. Se fatiga demasiado.

SUS. Como que pasa las noches trabajando. Pero perdonadme; mi presencia es aqui tal vez embarazosa.

GEN. No, quedaos; tambien vos le cuidasteis, y teneis derecho para hablar de él.

SUS. Gracias, Señorita.

GEN. Con que decidme pues!

LUI. Todo ha corroborado nuestras sospechas; nos ha contado, que habiendo salido sin recursos de casa del señor Duperrier, desesperanzado del porvenir, habia querido suicidarse, muriendo sobre la tumba de su madre; hemos procurado alejarle de semejante idea, y mi padre, que es la bondad misma, le ha propuesto establecerse aqui, en este pabellon, que depende de nuestra casa, invitándole á que vuelva á sus estudios de pintura.

SUS. Y despues, el doctor, que vive á dos pasos, le visita diariamente.

GEN. Y os ha asegurado que el peligro está lejos?

LUI. Ciertamente.

GEN. Como el señor Darcy nos hizo concebir tan serios temores por la vista ó la razon de nuestro enfermo.

SUS. Oh! de su razon yo respondo.

LUI. Y en cuanto á su vista, creo que tampoco corre riesgo alguno; y sino, ved todo lo que ha hecho desde que estamos aqui.

GEN. En efecto; esto prueba su aplicacion y su talento.

SUS. Pues aun no habeis visto lo mejor!

GEN. Qué es?

SUS. Nuestra santa Cecilia. (*descubriendo el cuadro del caballete.*)

LUI. Susana!

GEN. Magnífico dibujo! Como se os parece, Luisa!

LUI. Pues puedo aseguraros que no le he servido de modelo.

GEN. No es necesario que lo digais; si hubieseis estado presente, su pensamiento hubiese sido menos claro, su mirada menos osada y su pulso menos firme.

LUI. Creeis...

GEN. No solo lo creo, sino que estoy segura.

LUI. Cómo?

GEN. Si; su secreto se ha escapado veinte veces de sus labios, haciéndole traicion durante sus delirios.

LUI. Y ese secreto estaba!..

GEN. Simbolizado en un nombre.

LUI. Ah! (*breve momento de pausa.*)

SUS. Vaya, me vuelvo á mis quehaceres. (Le estais contando todo lo que ella sabe; pero no importa, decidselo, porque le agrada!) (*despues de este aparte á Genoveva, vase.*)

ESCENA III.

Dichas menos SUSANA.

LUI. Con que os ha confesado...

GEN. Si, os lo repito; vuestro nombre unido en todas sus oraciones, era el bálsamo de su dolor, cuando padecia bajo vuestros cuidados.

LUI. Genoveva, sois mi mejor amiga, mi hermana...

GEN. Le amais pues?

LUI. Antes que le hiriese la desgracia, habia adivinado su amor.

GEN. Y despues?

LUI. Despues, esa misma desgracia me ha enseñado á amarle tambien.

GEN. (Ay de mi!)

LUI. Qué teneis?

GEN. El pensamiento de vuestra felicidad me engrie, y es un consuelo para mi en el instante de daros mi postrer á Dios!

LUI. El postrer á Dios?

GEN. Soy huérfana, como sabeis... la acogida que he encontrado entre mis parientes, ha sido fria é indiferente, y antes que apurar los desengaños del mundo, he resuelto entrar en un convento.

LUI. Genoveva!

GEN. Seré hermana de la caridad... y ya que mi destino es no hacer la dicha de... nadie, al menos aliviaré los sufrimientos de algunos.

LUI. Pero esa determinacion es irrevocable?

GEN. Irrevocable, Luisa.

ESCENA IV.

Los mismos y DARCY.

DAR. Irrevocable! Quién ha dicho esa gran palabra?

LUI. Ella, doctor!

DAR. Señorita Genoveva, tengo treinta y cinco años cumplidos, y todavia no he encontrado en este mundo mas que una sola cosa que sea irrevocable.

GEN. Y cuál es, doctor?

DAR. Mi joroba.

LUI. Vuestra...

DAR. Si, mi joroba... creis acaso que no me he apercibido de ella despues de treinta y cinco años de existencia? Sueño algunas veces con la hermosa ilusion de que ha desaparecido... pero al despertar, tropiezo con la realidad mofadora que me saluda diciendo... Dios te guarde, jorobado.

LUI. Señor Darcy, sois un gran filósofo!

DAR. Porque me rio de mi mismo? No, esto no es mas que prevenirme contra la risa de los demás... pero esto en nada me esplica el proyecto irrevocable de la señorita Genoveva.

GEN. Mi proyecto?

LUI. Quiere entrar en una clausura.

DAR. A vuestra edad, y hermosa, pretendeis encerraros en la soledad de un cláustro! Si fueseis jorobada, en buen hora!

GEN. Mi pena, si pena puede llamarse, es de distinta especie.

DAR. No, si tampoco lo es para mi; yo me rio siempre de mi consabido apéndice. La pena se origina de una desgracia, y yo no me quejo de mi joroba, si ella no se queja... Cuando niño me ocasionó solamente algunas contrariedades; porque al paso que se esforzaban en hacerme espiritual, ingenioso y sarcástico, huian de mi los desgraciados á quienes pretendia socorrer, como si mis beneficios encerrasen algun peligro; asi, no sabiendo en qué emplear mis ciento cincuenta mil francos de renta, me hice médico, diciendo para mis adentros, los necesitados huyen de mi, veremos si los enfermos hacen lo mismo, cuando yo los visite en el lecho del dolor.

LUI. Teneis un gran corazon!

DAR. Vos creeis...

GEN. No sobran las pruebas?

DAR. Tal vez tengais razon: pero convenid conmigo, señorita, en que ese buen corazon está pésimamente alojado bajo tan rara corteza.

LUI. Siempre estais de buen humor.

DAR. Valdria mas estar triste? No; pero volviendo á nuestra reclusa, quiero que ella me prometa esperar un poco, antes de realizar su irrevocable proyecto.

GEN. Esperar y para qué?

DAR. Qué se yo! Pero yo conozco todas las afecciones, y tengo operado y hecho curas que se creian imposibles.

GEN. No os comprendo.

DAR. (*bajo.*) Os he adivinado.

GEN. (Vos?) (*turbada.*)

DAR. (Silencio.) (*viendo venir á Rousseau.*)

ROU. Señor Darcy, me han dicho que acababais de llegar, y me he apresurado... Buenos dias, Genoveva.

GEN. Buenos dias.

DAR. Si me lo permitis, Señor Rousseau, pasaremos á vuestra habitacion; tengo que haceros una comunicacion importante.

LUI. No, caballero; nosotras nos retiramos.

DAR. Señoritas!.. (*saludando; vase Luisa y Genoveva.*)

ESCENA V.

ROUSSEAU *y* DARCY.

ROU. Ya estamos solos, doctor.

DAR. Es espinosa mi comision; pero dejando préambulos á un lado, abordaré de frente la cuestion. Hay un jóven en esta ciudad, amigo mio y escelente sugeto, muy espiritual, aunque sin joroba, que lleva un buen nombre, y que pertenece á una antigua familia, el cual está enamorado de vuestra hija.

ROU. Cómo?

DAR. Es vizconde, pero tiene mas pergaminos que billetes de banco; conoce vuestra honradez, y no se le oculta vuestra gran fortuna; asi que, solicita unir su blason...

ROU. Y me pide la mano de mi hija?

DAR. Justamente.

ROU. Una sola palabra me servirá de respuesta; estoy arruinado.

DAR. Vos!..

ROU. Victima de una infamia, he creido deber callar, retirándome del mundo. La venta de mi estudio ha bastado á cubrir mis descubiertos, no restándome mas que esta casa, cuya renta me alcanza para atender á la existencia modesta en que me he colocado; y aun seria feliz, si no viese que esta desgracia abruma por consecuencia á mi pobre hija, á quien no he tenido valor para hacer saber nuestro infortunio; pero llegado un caso como el presente, qué la diré en presencia de los hechos, y cuando la miseria venga á llamar á nuestra puerta?

DAR. Y casariais á la señorita Luisa con un hombre menos bello, menos noble, pero mas rico?

ROU. Y en dónde encontrareis ese hombre tan desinteresado?

DAR. Qué diablos! Puede presentarse. La señorita Luisa ama á alguno?

ROU. A nadie.

DAR. Creeis vos que pueda ser dichosa una muger, aunque no adore con pasion á su marido?

ROU. Pero...

DAR. Yo lo creo asi; y si vos quereis, tengo otro partido que proponeros.

ROU. Tan pronto?

DAR. En seguida; y este no pedirá dote, y que por el contrario posee ciento cincuenta mil francos de renta, un buen corazon, un nombre honrado y cierta imperfeccion que...

ROU. Cómo? Vos...

DAR. Justo, no es por el buen corazon por lo que me habeis reconocido.

ROU. Perdonadme, y creed que me alhaga infinito...

DAR. Dejemos palabras inútiles, que sé lo que significan, y no ignoro lo que debo hacer; como enamorado de espalda y de perfil, soy un absurdo, pero de cara ya es otra cosa... casi, casi puedo ser un marido; no, no embebais esa palabra; decidle... un amigo, un amigo consecuente que solo exige, aunque no se le ame mucho, el que no ame á otro; y que le pide permiso para hacerla rica... si lo consiente; y dichosa... si es posible.

ROU. Señor Darcy, no quiero diferir este paso; mas como he perdido la fortuna de mi hija, no tengo derecho para disponer de ella contra su voluntad; voy á hacerla presente vuestro ofrecimiento, y...

DAR. Pero sin nombrarme, lo entendeis?

ROU. Hablaré solo de vuestras buenas cualidades.

DAR. Sin omitir una insinuacion sobre el apéndice; esto es muy importante, en semejantes circunstancias.

ROU. Hasta la vista, señor Darcy.

DAR. Hasta la vista, mi querido Rousseau.

ESCENA VI.

DARCY, *solo.*

Quién sabe! Casos se han visto, y tal pudiera suceder... Si aceptase Luisa mi fortuna y... mi persona... entonces, acaso, me convenceria de que el buen corazon sirve de algo... Amor! El amor vendrá despues, y con eso durará un poco mas! Las bellas ilusiones son cosas de jóvenes y... Genoveva y Alberto se adoran... hay que arreglar esta union. El trabajo de un pintor produce poco, pero yo me compondré con Verdelet para que compre esa coleccion de cuadros de Alberto.. le hace falta dinero, y no me atrevo á ofrecérsele... Ola, aqui está, lo intentaremos.

ESCENA VII.

DARCY y ALBERTO.

ALB. Señor Darcy!
DAR. Yo mismo, querido enfermo.
ALB. Vengo de vuestra casa.
DAR. De mi casa? Pues no sabeis que tengo la costumbre de venir á visitaros diariamente?
ALB. Si, pero hoy...
DAR. Qué?..
ALB. (No se qué decirle, para hacerle aceptar estos luises que acabo de recibir.)
DAR. Pareceis preocupado! (Puede que tenga necesidad de dinero, y esta es buena ocasion para que acepte!)
ALB. Mi preocupacion procede...
DAR. Veamos.
ALB. Es una pequeña cuestion de dinero la que me embaraza.
DAR. Pues estamos en igual caso; nos vamos á entender al fin.
ALB. He llevado esta mañana un boceto al señor Verdelet, mercader de cuadros...
DAR. (Un buen hombre!) No le conozco.
ALB. Y me ha dado tres luises.
DAR. Tres luises! (Habrá imbécil.)
ALB. Es muy poco, pero... yo quisiera..,
DAR. Pues yo tambien he hecho mi visita esta mañana, y un viejo loco, que pretende que le he salvado la vida, me ha obligado á aceptar un billete de mil francos; soy rico... no me hace falta este dinero, y quisiera...
ALB. Doctor... permitidme ofreceros...
DAR. Amigo mio... permitidme que os ofrezca...
ALB. Cómo! Quereis darme dinero?
DAR. Y vos me le quereis dar á mi?
ALB. Yo os le debo.
DAR. Yo os le regalo.
ALB. Cumplo con un deber, y vos no podeis rehusar...
DAR. Tengo un placer en dároslo; por qué quereis privarme de ese placer?
ALB. No me parece igual la comparacion...
DAR. Se me ocurre una idea que lo arreglará todo; nosotros nos estimamos, no es verdad?
ALB. Si, doctor.
DAR. Pues bien, yo tomo vuestro dinero y vos tomais el mio.
ALB. Jamás!
DAR. Sois un orgulloso, y hago mal en quereros... y ella tambien.
ALB. Ella? De quién hablais, doctor?
DAR. No os importa.
ALB. Os lo ruego; sed como siempre indulgente y benigno?
DAR. Si, aduladme; pero no sabreis...
ALB. Doctor!..
DAR. Pues bien, sois amado; he sorprendido el secreto de esa pobre niña.
ALB. Considerad, doctor, que un desengaño me volveria loco.
DAR. Pues no tomais las cosas muy por lo grave! Os habeis puesto pálido; valor, amigo mio, o recaereis de nuevo y...
ALB. Teneis razon; la sangre se agolpa á mi cabeza, y hace un momento mi vista se oscureció, como si un denso velo entoldase cuanto me rodea.
DAR. Ah! y sufris á menudo ese desvanecimiento, amigo mio?
ALB. Jamás lo he sentido hasta hoy; silencio, doctor, ella se acerca.
DAR. Con su amiga.

ESCENA VIII.

Dichos, LUISA y GENOVEVA.

LUI. Venimos, señor Alberto, á anunciaros dos noticias de interés.
ALB. A mi, señorita?
GEN. No sois nuestro amigo?
ALB. Cierto.
GEN. Entonces os debe interesar todo cuanto nos pertenezca.
ALB. Asi es.
LUI. La primera es, que Genoveva se separa de nosotros para siempre.
ALB. Cómo, Genoveva?..
DAR. (Aun no hay nada decidido) (*ap. á Alberto.*)
GEN. Me voy á un convento.
ALB. Vos á un convento? (*con aire jovial.*)
DAR. (*observándole.*) (Calle! Pues está tranquilo!)
GEN. Huérfana, sin parientes, qué partido mejor? Bien sabeis que he hecho mi aprendizage de hermana de la caridad, y creo que seré útil, al menos, para consolar á los que sufran.
ALB. Genoveva, vos podiais haber sido una buena esposa y una cariñosa madre.
DAR. (Pues señor, está tranquilo! No me esplico este fenómeno!)
LUI. La otra noticia...
ALB. Continuad.
GEN. Es un partido que se la ofrece.
ALB. Un casamiento?
LUI. Acertasteis.
DAR. (Su padre la ha hablado?)
ALB. Y habeis aceptado?
DAR. (Está temblando!)
LUI. He querido antes consultar á mis amigos; á vos, doctor; á Genoveva...
DAR. A mi?
LUI. A vos tambien, Alberto. (*con intencion.*)
DAR. (Esa agitacion... Ella está turbada...)
ALB. (Casarse con otro!)
DAR. (Vamos, ya caigo! Era esta! Pues señor, me he lucido!)
LUI. No me respondeis?
ALB. Y qué os puedo decir? No cabe el consejo en lo que atañe al corazon; si es digno de vos... Si tiene un alma noble... si es rico...
DAR. Si.
ALB. Joven!
DAR. Si.
LUI. Segun dice mi padre, es un hombre de treinta y cinco años.
DAR. (Y medio.)
LUI. Tiene ciento cincuenta mil francos de renta!
ALB. Joven... rico...
LUI. Buen nombre...
DAR. Y rarísima figura, señorita.
LUI. Le conoceis?
DAR. Un poco; es decir, de vista; lo encuentro en todas partes.
LUI. Y vos, qué pensais?
DAR. Creo que debeis rehusar.
ALB. Gracias, amigo mio! (*con efusion.*)
DAR. No hay de qué. El dinero no recompensa un esterior ridiculo, y yo me reconozco.
LUI. Cómo... caballero...
ALB. Erais vos?
DAR. Yo mismo. Tranquilizaos. Voy en busca del señor

Rousseau, y al presentar mi dimision, le indicaré no se canse en buscar yerno, pues vos ya se lo habeis elegido.

ALB. Tanta bondad... no sé...

DAR. Basta; yo me encargo de todo. (Incluso de la dote. Ah! ya me olvidaba de la otra; pobre niña!) (*á Genoveva.*) (Teniais razon en pensar en el convento.)

GEN. (Allí seré feliz gozando en su dicha!) Adios, Luisa, á Dios, Alberto.

LUI. Querida Genoveva...

DAR. Con que al convento, eh? Yo debia haber tenido la misma idea! Fraile! Con mi capucha por detrás... hubiese tapado...

ALB. (*á Darcy.*) Nos sacrificais vuestras esperanzas..... vuestra felicidad!

DAR. No hagais caso; todo lo olvida el hombre; viajará, y á la vuelta ya estaré curado.

LUI. Nos abandonais?

DAR. Si, voy en busca de los cafres, para consolarme con su aspecto. (*vase con Genoveva.*)

ESCENA IX.

LUISA *y* ALBERTO.

ALB. Luisa... adorada Luisa! Es cierta mi felicidad! Oh! decidme que me amais, para que tenga fuerzas bastantes á haceros una terrible confesion!

LUI. Dios mio! Qué vais á decir?

ALB. Luisa... yo no tengo familia; el apellido que llevo es el de mi madre.

LUI. Lo sabia.

ALB. Un solo protector habia encontrado en el mundo; el señor Duperrier, pero la desgracia!... la fatalidad!.. Mi destino me lo ha arrancado; confiando á mi custodia su capital, una mano estraña y oculta, sustrajo de la caja cuarenta mil francos, y se me imputó aquella accion infame; yo mismo le ví huir por la ventana, despues de haber sostenido con él un intante de lucha.

LUI. Gran Dios!

ALB. A favor de la luz que arrojaba la luna, pude ver su rostro, y sus facciones han quedado tan grabadas en mi memoria, que he formado su retrato. En vano grité para que lo persiguiesen, mas como la familia estaba recogida, pudo huir impunemente con el fruto de su osadia. Al otro dia me arrojaron de la casa con la ignominia del ladron; y sin embargo, era inocente! Inocente, Luisa, lo juro por la memoria de mi madre!!...

LUI. Pobre Alberto!

ALB. Abrumado con mi afrenta, quise morir; el resto ya lo sabeis: ahora decidid de mi suerte.

LUI. Os creo inocente... y os amo!

ALB. Mis desgracias han concluido! Bendita seais, Luisa! (*arrodillándose.*)

ESCENA X.

Dichos y SUSANA: *poco despues* ROUSSEAU.

SUS. No hay para qué incomodarse.

LUI. Qué quereis, Susana?

SUS. Traigo una carta para el señor Alberto de parte de vuestro padre, que me sigue.

ALB. Una carta!

SUS. Tomadla.

ALB. Es del señor Verdelet. «Caballero; esta mañana he cometido una torpeza que me apresuro á reparar, no dandoos mas que tres luises por un boceto que he vendido en doscientos francos. Acabo de ver vuestra santa Cecilia y os la compro, dándoos en señal de nuestro trato mil quinientos francos adelantados; me creeré muy feliz, si me vendeis al mismo precio todos los cuadros que hagais de esta importancia.» Mil quinientos francos por cada cuadro! Es casi una fortuna la que se me ofrece!

LUI. Sois millonario, caballero! La fortuna... la gloria! Ahora soy yo la que dudo ser acreedora á vuestra mano!

ALB. Querida Luisa!

SUS. El señor Rousseau (*vase corriendo.*)

ALB. Vuestro padre; nuestra suerte está próxima á decidirse.

ROU. Señor Alberto, el doctor, que acaba de marchar, me ha referido lo que veo ratificado en vuestro rostro, y en el de Luisa; esta noticia, no os lo negaré, me ha llenado de sorpresa.

ALB. Y qué habeis contestado, señor?

ROU. Lo que vais á oir; mi hija es pobre, caballero.

ALB. Pobre!

ROU. Su pobreza es obra mia, y no tengo por lo tanto derecho para hacerla rehusar el esposo que ha elegido, otro la hubiese hecho rica; vos la hareis dichosa.

ALB. Dichosa! Ah! Señor! Todo cuanto el valor de un hombre pueda emprender, todo cuanto le sea dado á mi ingenio y mi aplicacion, será corto sacrificio para mi, si consigo labrar su porvenir y su dicha... vos me hablasteis temblando de vuestra ruina... yo la bendigo, porque hace de mi el cabeza de una familia respetable, y el apoyo de mi padre. Ah! noble pobreza... yo te bendigo!

ROU. Abrazadme, hijos mios, y Dios os bendiga como yo lo hago.

ALB. Gracias, señor... y ahora que soy dichoso, dejadme trabajar... trabajar mucho... Tengo los ojos anegados en lágrimas, no es verdad? Son de alegria, de entusiasmo... quiero esta noche terminar ese cuadro, para consignar un recuerdo del dia mas feliz de mi vida. (*tomando los pinceles.*) Esta vez, Luisa, no os negareis á servirme de modelo?

LUI. No, seguramente.

ALB. Es por vos por quien trabajo... por nuestra futura dicha! (*se dispone á pintar; de repente deja los pinceles, y se lleva la mano á los ojos.*)

LUI. Estoy pronta.

ALB. Qué es esto? No veo bien! (*yendo á la ventana.*) Es que concluye el dia?

ROU. No.

LUI. Dios mio! Qué teneis?

ALB. He sufrido tantas emociones seguidas!.. He llorado tanto!... Vamos, esto no será nada (*vuelve á pasarse las manos por los ojos, y esclama con fuerza.*) Pero os digo que la noche se acerca, una noche estraña... llena de sombras.

LUI. Dios mio!

ROU. Qué dice?

ALB. Luisa... Luisa... (*tendiéndole los brazos.*)

LUI. Alberto!..

ALB. Oh! En dónde estais?

LUI. Aqui... A vuestro lado!

ALB. No... no... me engañais... no puede ser... señor Rousseau, venid... arrancadme esta benda que me cubre... decidme que es de noche... que no es una realidad llena de amargura la que toco!

ROU. Desgraciado!

LUI. Alberto... Alberto!

ALB. Tú me hablas... pero yo no te veo! Estoy ciego... ciego! (*Rousseau y Luisa dán un grito y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Un jardin con terrado; tapia en el foro, por cima de la cual se ven algunas copas de los árboles, y en lontananza el pueblo de Nimes. En primero y segundo término de la derecha, fachada de la casa de Mr. Rousseau; á la izquierda, en primer término, un emparrado, y bajo de él una mesa y sillas rústicas; en el mismo lado y un poco mas lejos, principio de una escalera que se supone bajar á la calle; al levantarse el telon, Luisa aparece sentada bajo el emparrado, teniendo sobre sus rodillas una labor de encage; está dormida; Susana llega vivamente con dos cartas.

ESCENA PRIMERA.

LUISA *dormida y* SUSANA.

SUS. Señora, he aqui dos cartas que...! Calle... Se ha dormido! Pobre señora Morel! El cansancio! Habrá trabajado toda la noche! Ya lo creo, su labor ha adelantado mucho... No la despertemos... tomaré su bastidor y la dejaremos reposar. (*impensadamente mueve una silla y Luisa despierta.*)

LUI. Ah! Susana! Eres tú? He dormido mucho?

SUS. No señora.

LUI. Y Alberto?

SUS. Paseando con la señorita, que os sustituye perfectamente al lado del amo!

LUI. Desventurado padre, que no ha tenido el consuelo de ver el rostro de su hija!

SUS. Verdaderamente que es una desgracia; al menos el señor Rousseau gozó de esa dicha antes que Dios lo llamase á su lado.

LUI. Y ya hace seis años!

SUS. Y en ellos, qué soledad tan completa! El señor Darcy viajando... la señorita Genoveva en el convento!...

LUI. Solamente tú has quedado junto á mi, y tú eres mi sola amiga y mi consuelo!

SUS. Yo soy la que he ganado mas... porque bien sabeis cuánto os quiero... Si me separasen de vos y de mi querida niña, de seguro me moria.

LUI. Mi Julieta es un tesoro.

SUS. De hermosura y de discrecion; aprende cuanto se propone, y creo que os prepara una sorpresa, para el aniversario de su nacimiento.

LUI. Cuánto tengo que agradecérselo á Dios! Mi hija es mi dicha, y para Alberto el consuelo. Vamos, dame esa labor, que es necesario concluirla esta noche; bien sabes que no tenemos dinero en casa.

SUS. Eso lo decis, porque hace un año no me pagais como en otro tiempo? Me habeis ofrecido no hablar de ello... Es poca recompensa vuestra amistad? Pero leed esas cartas, que en tanto yo continuaré la labor, para que no se atrase... puede que alguna sea del señor Darcy.

LUI. No, es del señor Girard.

SUS. El que se encargó de la obra de nuestra casa?

LUI. «Señora, cuando construí de nuevo el edificio destruido por el incendio, os ofreci un plazo, que ha pasado sin que me hayais satisfecho; hoy tengo necesidad de fondos, y mi abogado, que conoce vuestra posicion, teme verse obligado á embargar y vender vuestra casa.»

SUS. Vender la casa?

LUI. Está en su derecho; teme que se le escape la sola prenda que garantiza el crédito... Pero cómo hacer saber á Alberto una noticia tan triste? El cree que los restos de nuestra fortuna bastaron para pagar los gastos porque de la obra, ignora que las llamas consumieron algunos valores heredados de mi padre. Vender esta casa! El pobre ciego se morirá, recordando que fué la causa del incendio, que nos arroja de la casa en donde tantos recuerdos le hacen llevadera su desgracia.

SUS. El señor Alberto tendrá valor.

LUI. Y á dónde llevarle? Dónde ir? El precio de esta casa, vendida al mejor postor, apenas basta á pagar al señor Girard, y es cuanto tenemos... Cómo educar á mi hija, ni alimentar á mi marido? Mi trabajo es insuficiente para cubrir nuestras necesidades.

SUS. Pues bien, seremos dos á trabajar... y despues... tranquilizaos... si salimos de vuestra casa, os vendreis á la mia.

LUI. A la tuya?

SUS. Si señora... yo tambien soy propietaria... Mis parientes me han dejado una humilde casita en Vignerolles; un pueblecito muy ameno, y al cual podeis decir al señor Alberto, os veis precisada á marcharos por convenir á la salud de la niña; alli encontrará todo lo que ama... muchas flores... el sol, el aire puro del campo... estoy segura que partirá en seguida.

LUI. Escelente corazon!

SUS. Vaya pues, convenido y leed la segunda carta.

LUI. (*despues de abrirla.*) Cómo ha llegado este papel hasta aqui?

SUS. No lo veis? Por el correo. Pero no la leis?

LUI. No.

SUS. Vamos; es de ese insolente que os persigue?

LUI. Si.

SUS. Cuidado que el hombre es testarudo! Ni le mirais, ni le hablais, y sin embargo, os persigue hasta con cartas!

LUI. Y qué me importa? Pero Alberto no vuelve! Le habrá acontecido alguna cosa? Los cuidados de una pobre niña habrán sido insuficientes tal vez...

SUS. No tengais cuidado... pero si quereis, me adelantaré un poco en el camino, para que no esteis inquieta.

LUI. Si, Susana... te lo agradeceré infinito.

SUS. Voy á salirles al encuentro.

ESCENA II.

LUISA *sola; breve pausa.*

Susana tiene razon; cuando Alberto crea que el aire del campo le es provechoso á su hija, no pedirá esplicaciones y partirá; en aquel modesto asilo encontraremos la paz, y con el producto de nuestro trabajo y lo que tal vez me quede de la venta de esta casa, podré rodear á mi marido de un bienestar aparente, que le engañará respeto de nuestra verdadera posicion; estoy decidida y resiguada.

ESCENA III.

LUISA *y el* DESCONOCIDO *del acto segundo, que viene elegantemente vestido.*

DES. Pues señor, el marido no ha vuelto; la criada ha salido; mi bella gazmoña debe estar sola; la ocasion es buena; audacia y conseguiré rendir á esta virtud tan agreste.

LUI. (*sintiendo ruido.*) Ah! eres tú, Alberto? (*levantándose.*) Cómo, caballero!.. Vos en mi casa!

DES. No debeis estrañarlo; mi carta os anunciaba mi venida!

LUI. No he querido leerla, caballero; adivinaba su contenido; y puesto que me obligais á ello, os voy á contestar personalmente.

DES. Es lo que mas deseo.

LUI. Y yo tambien, para que no ceseis de perseguirme. Mi conducta, sin embargo, os debe haber hecho adivinar, que soy una muger honrada... Os creo un hombre de honor, y dándoos un desengaño á tiempo, os curareis de un momento de estravio. Soy jóven todavia, y tengo por marido á un hombre á quien amo... Su misma desgracia es un título mas para mi ternura, por mas que os hayais pensado que estoy arrepentida de esta union... Además, soy madre; esto solo seria suficiente para recordarme lo que me debo á mi misma, y lo que nunca olvidaré. Nada mas tengo que deciros.

DES. Lo que seria bastante para aquel que hubiese conducido aqui un efímero deseo: para mi es insuficiente, porque os amo con una pasion verdadera.

LUI. Caballero...

DES. Permitidme un momento, pues pretendo ser tan esplícito como veraz. Quereis alucinarme, como os alucinais vos misma, juzgando amor, lo que no es otra cosa que una dulce piedad hácia un infortunio, al cual habeis sacrificado vuestra existencia? Conozco el corazon humano, y sé por lo mismo que suelen confundirse los afectos, y engañar á nuestro propio corazon; de aqui que vuestra compasion os parezca cariño, hasta el dia en que encontreis un hombre que tenga la fortuna de resucitar de nuevo una llama que no está estinguida, y que os ofrezca en vez de los lamentos del ciego, una ternura esclusiva y una fortuna brillante.

LUI. Ah! sabeis que soy pobre, y me proponeis... Esto os rebaja, caballero, aun mas que lo que pretendeis rebajarme; me he equivocado al juzgaros; la pobreza honrada no se vende; salid de aqui, pues no tengo ni padre ni marido que me protejan, y os perdonaré vuestra injuria.

SUS. (*saliendo.*) Señora, ya llegan el señor y la señorita. Calla! El jóven de la iglesia!

LUI. Me habeis oido, caballero?

DES. Me retiro, señora. (Para volver luego!)

SUS. Por aqui, caballero; os enseñaré el camino para que salgais.

DES. (Le aprenderé para entrar.) (*el en momento de desaparecer Susana y el Desconocido por un lado, aparecen por el otro Alberto, conducido por Julieta; Luisa ha quedado preocupada por las últimas palabras del Desconocido y sentada en una silla bajo del emparrado.*)

ESCENA IV.

LUISA, ALBERTO y JULIETA.

ALB. Gracias, hija mia; ya no necesito de tu ayuda; tu madre estará aqui, no es verdad?

JUL. Si, bajo el emparrado.

ALB. Si, ya sé; dame nuestro ramillete. (*queriendo ir solo á encontrar á Luisa.*)

LUI. (Oh! la audacia de ese hombre me hace temblar!) (*Alberto y Julieta han bajado lentamente hasta colocarse detrás de Luisa, y ambos la abrazan.*)

JUL. Mamá!

ALB. Luisa mia!

LUI. (*abrazándolos.*) Ah! estais aqui? Al fin os veo! No me abandoneis!

ALB. Hemos tardado, pero no nos riñas; ha sido una conspiracion para darte una sorpresa; como el invierno ha hecho perecer todas nuestras flores, Julieta y yo hemos ido á casa del padre Gerónimo, que nos ha dejado talar su jardin; Julieta ha escogido los matices mas de tu agrado, y yo los perfumes; he aqui nuestra obra, como recuerdo de un dia de felicidad; hoy es el aniversario del nacimiento de ese ángel que estrecha mas el nudo de nuestro cariño, y que contribuye contigo á hacer menos amarga la oscuridad que me rodea! (*abrazando á Luisa.*) Qué has hecho del encage que trabajabas? No le llevas nunca.

LUI. Es que cambié de parecer é hice un paño de altar para el convento de Genoveva.

ALB. Ah! muy bien!

ESCENA V.

Dichos y SUSANA.

SUS. Buena noticia, señora... acabo de ver pasar por la calle al criado del señor Darcy.

ALB. El señor Darcy ha vuelto?

SUS. Llegó anoche, y José me ha asegurado que su primera visita será para sus buenos amigos.

LUI. Pues teniais razon; es una gran noticia!

ALB. Verás con placer á nuestro buen doctor?

LUI. Sin duda; y asi tendré ocasion de consultarle acerca de Julieta. (*haciendo señas á Susana.*)

SUS. (Comprendo!)

ALB. Cómo? (*asustado.*)

LUI. No te inquietes, amigo mio; la encuentro algo desmejorada, y creo que el aire del campo podria hacerle bien. Si el señor Darcy fuese de mi opinion, tú consentirias en marchar?

ALB. Pero está enferma mi Julieta?

JUL. No, papá... si yo me siento bien!..

ALB. Luisa mia... partiremos cuando tú quieras, si esto puede contribuir á su restablecimiento.

ESCENA VI.

Los mismos y DARCY.

DAR. Qué es eso de partir, cuando yo llego?

LUI. Señor Darcy!

ALB. Querido amigo!

SUS. Señor doctor!

DAR. (*dirigiéndose á Alberto, que vaga buscándole.*) Quieto, quieto; yo iré á encontraros, querido, pues es mas justo, y sobre todo, mas pronto.

ALB. Teneis razon, doctor; pero hablemos de vos, que haceis renacer la alegria en esta casa. Vuestra salud...

DAR. Siempre la misma; como yo... en nada hemos cambiado.

SUS. El señor doctor vuelve como se fué.

DAR. Por lo demás, he corrido como un loco de aqui para alli. Me fui á las Indias, al Japon, á la China; en ella me encontraba, cuando llegó á mi noticia la guerra de Oriente, y esto me llevó á Crimea... Al que he podido ayudar de mis pobres compatriotas, lo he hecho de buen grado, y aqui me teneis.

ALB. Siempre con tan buen corazon!

DAR. Ahora os toca á vosotros... Contádmelo todo... Esta mañana he sabido vuestra desgracia, que me ha lastimado cruelmente.

ALB. Y habeis sabido la sublime abnegacion de mi Luisa? Cuando, en presencia del testimonio de los médicos, llegué á convencerme de que no habia remedio para mi, devolvi su palabra al señor Rousseau. Pero ella, libre en su eleccion, quiso voluntariamente sacrificarse, para ser la luz del infelice ciego, y conduciéndome ante los altares, ratificó con un juramento, la promesa que habia hecho de amarme toda su vida. Dios bendijo nuestro enlace, y nos mandó á esta niña, que es mi encanto, y la mitad de mi dicha. Vos que la veis, decidme al menos que se parece á mi Luisa, y esto podrá consolarme.

DAR. Amigo mio, la niña se os parece como una gota de

agua se parece á otra... Es una semejanza perfecta, de la cual espero que juzgareis algun dia, si Dios ayuda mis proyectos.

LUI. y SUS. Ah!

ALB. Qué habeis dicho, doctor? (*con ansiedad.*)

DAR. Digo, que he visto hacer prodigios durante mi viage... Que intentaré lo que ninguno de mis compañeros ha intentado todavia, y que Dios hará lo demás!

ALB. Ah! veré á mi Luisa... á mi hija!

DAR. Cuidado, que yo nada prometo, porque de nada respondo; pero de cualquiera suerte, es cuestion de calma y de tiempo.

ALB. Mi corazon no me engañaba; todo lo esperaba de vos! Por qué habeis tardado tanto, amigo mio! Sabeis que las caras prendas de mi corazon han estado espuestas, hace un año, á perecer, y era yo quien les daba la muerte?

DAR. Me asustais!

ALB. Supliqué á mi Luisa, que como un deber de gratitud, no dejase de asistir á la profesion de Genoveva; partió en efecto, no debiendo regresar hasta la mañana siguiente, y quedándome solo al lado de mi niña, á la sazon levemente indispuesta. Llegó la noche, y con la ansiedad de un padre, me coloqué á la cabecera de su cuna, ansiando velar su sueño! Como si yo pudiese servir de algo! Parecióme fatigosa su respiracion, quise buscar su pulso para investigar el estado de la fiebre, cuando, sin sentirlo, hube de derribar la lamparilla que alumbraba sobre la mesa de noche. Un agudo grito hiere en mis oidos, y percibo el sofocante calor de las llamas que rápidamente tomaban incremento. Susana habia salido!.. Qué hacer! Cogi á mi hija entre mis brazos, para escapar de aquel sitio, pero el incendio me lo estorbaba, y un denso humo embargaba mi voz para pedir socorro. La niña se habia desmayado, y mi turbacion aumentaba el peligro, suponiéndola muerta; caigo desplomado al fin; un grito de dolor sale de mis labios; á este grito responde otro harto conocido de mi, y una mano llena de fuego nos arranca de aquel cráter, despreciando los riesgos! Era mi Luisa! Quién sino ella, quién, sino una madre, fuera capaz de semejante arrojo!

DAR. En efecto, vuestra imprudencia pudo tener fatales resultados.

SUS. (*saliendo*) Señor Darcy, José me ha entregado esta carta para vos.

DAR. Tan pronto han sabido mi regreso?

SUS. Acaso la persona que os escribe, ignore vuestra ausencia.

DAR. Justamente. Del castillo de Armonville.

SUS. Un cuarto de legua de aqui.

DAR. Me permitireis, señora. (*leyendo para sí.*) «Caballero, me han hablado de vuestra ciencia, y me decido á llamaros, aun cuando no abrigo esperanza de que la ciencia me proporcione alivio.—Firmado,—Duperrier de Lyon.» Si este caballero se cura solo, no sé entonces para qué...

SUS. Hay alguna respuesta?

DAR. (*vacilando.*) No... si.

ALB. Si quereis escribir, Luisa os acompañará á mi taller.

LUI. Nos consagrareis todo el dia, no es verdad?

DAR. Eso por supuesto... Susana, decid á José que contestaré por el correo. Hasta despues, Alberto.

LUI. Julieta, te estarás con tu padre?

JUL. Con mucho gusto; id descuidada, mamá.

DAR. Hasta la vista, mi amada niña; creo que vamos á ser muy amigos.

JUL. Tambien yo lo creo, porque me pareceis muy bueno, aunque un poco picarillo. (*vase el doctor y Luisa.*)

ESCENA VII.

ALBERTO y JULIETA.

ALB. Con que tú te quedas conmigo?

JUL. Si, papá.

ALB. Ven, acércate mas á mi... Tienes las manos muy frias.

JUL. El aire del jardin...

ALB. No estoy contento con vos, señorita.

JUL. Y por qué, papá?

ALB. A qué fin ocultarme que estás mala?

JUL. No lo creas; son temores de mamá; ella si que está enferma!

ALB. Tu madre!

JUL. Trabaja tanto! Tú, como no ves, no has podido notar, cómo yo, que no cesa de bordar ni de dia ni de noche.

ALB. Quiere engañar su aburrimiento, y el fastidio que le produce una existencia tan monótona.

JUL. Di, papá; no has recibido hoy ninguna carta?

ALB. No; por qué?

JUL. Es que te guardaba una sorpresa.

ALB. Cómo es eso?

JUL. Te lo diré; es que ya puedo reemplazar á mi madre para leerte tus cartas.

ALB. Tú! (*con incredulidad.*)

JUL. No te rias; Susana me ha dicho que leo perfectamente; no tienes ahi ningun papel manuscrito?

ALB. No.

JUL. Espera; en la cesta de mamá veo unas cartas. (*buscando en el cesto de labor.*)

ALB. Cartas!

JUL. Justamente; atiende con cuidado, y dime si Susana me engaña.

ALB. Vamos, mi pequeña lectora; ya escucho.

JUL. Pero no me abraces tanto, no ves que no me dejas mover? Ahora. «Señora, cuando levanté de nuevo el edificio destruido por el incendio, os ofreci un plazo que ha pasado, sin que me hayais satisfecho; hoy tengo necesidad de fondos, y mi abogado, que conoce vuestra posicion, teme verse obligado á embargar y vender vuestra casa.»

ALB. (Es del señor Girard! Luisa me habia dicho!.. Oh! esto es horrible! Vender nuestra casa! Mas esta niña se puede equivocar, y...) Mira, hija mia, mira la firma.

JUL. Girard.

ALB. (No hay duda.) Julieta, vete en busca de Susana.

JUL. Mamá me encargó que no te dejase solo!

ALB. Bien, pues yo te mando que busques á Susana!... Esa carta, dónde está?

JUL. La he puesto sobre la mesa.

ALB. Bien, bien; pues anda á lo que te he encargado.

ESCENA VIII.

ALBERTO *solo.*

Girard, á quien creia pagado! Girard es nuestro acreedor, y nos quiere embargar! Oh! lo comprendo todo! Luisa quiere sin lastimarme, hacerme salir de aquí! Pobre Luisa! Nuestra posicion es bien triste; y yo, mas ciego aun del corazon que de los ojos, no he comprendido sus contínuas vigilias, y el incesante trabajo á que se condena por atender á nuestras necesidades. Miserable de mi! Ese es el premio que doy á

su amor! Hé aqui lo que la he dado en cambio de tan sublime abnegacion! Hé aqui lo que legaré á mi pobre hija; la miseria! Y dejaré que arrojen á Luisa de la casa de sus padres? Dios mio! Vos sabeis que no merezco esta desdicha; ayudadme á salvar á mi muger y á mi hija!.. Si tubiese un guia que me condujese á Lyon!

ESCENA IX.

ALBERTO, DARCY y LUISA.

DAR. Bien, descuidad, señora; yo mismo echaré la carta al correo.

ALB. (Ah! ya encontré el guia!) (*Luisa ha envuelto su labor en un papel y toma su sombrero.*)

LUI. Cómo! Estás solo, amigo mio? Y la niña?

ALB. Está con Susana; pero quisiera hablar un momento con el doctor.

LUI. Os dejo.

ALB. Vas á salir?

LUI. Si, voy á hacer algunas compras.

ALB. Ea, pues adios! (*tendiendo los brazos para abrazar á su muger, tropieza con el paquete que Luisa conserva en la mano.*) Qué llevas en este papel?

LUI. Es... es... (*con embarazo.*)

ALB. Es tu encage?

LUI. Si, voy á enviarlo á Genoveva!

ALB. (Va á venderlo!) (*apartándose lloroso.*)

LUI. Qué tienes, Alberto? Lloras?

ALB. Yo? No; no lloro... te bendigo y te amo. (*Luisa le abraza y se va conmovida.*)

ESCENA X.

DARCY y ALBERTO.

ALB. Doctor, estamos solos, no es verdad?

DAR. Absolutamente.

ALB. Habeis hecho brillar para mi un rayo de esperanza! Pero no os engañará vuestro buen deseo? Estais bien cierto?..

DAR. Querido Alberto, ya os he dicho que de nada respondo; pero que confio...

ALB. Y necesitais mucho tiempo?

DAR. Ciertamente; no quiero precipitar una cuestion tan de vida ó muerte; es necesario aguardar.

ALB. Aguardar! Pero es que vos ignorais que estamos arruinados!

DAR. Arruinados!

ALB. Por ese fatal incendio que os he referido, y de que fui el causante... Luisa, aun cuando se reserva de mi, he llegado á saber que desgasta su vida trabajando, viéndose obligada á contraer deudas, que no tiene con qué pagar. Esta casa es todo lo que poseemos, y hoy mismo, tal vez, va á ser embargada y vendida.

DAR. Embargada? No... eso no!

ALB. Sé lo que me direis, y lo que sois capaz de hacer; pero antes de recurrir á vos, amigo mio, debo poner en práctica el último recurso que me queda.

DAR. Un recurso?

ALB. Si, doctor: tengo un padre, que confio no me rechazará en la situacion presente.

DAR. Me admirais, sin comprenderos.

ALB. No es muy fácil, doctor, pero es cierto lo que os digo; tengo un padre, que si no es ante los hombres, ante Dios está obligado á darme el pan que mi indigencia reclama. El era bueno para mi, y la fatalidad hizome aparecer á sus ojos manchado con el anatema del ladron!

DAR. Del ladron! Estais delirando?

ALB. Soy inocente! El cielo que me escucha, conoce la sinceridad de mis palabras! Para ir en busca de mi padre, sin que Luisa pudiese sospechar el motivo de mi viage, necesito un guia... Quereis serlo? Vos me conducireis á Lyon.

DAR. Y hablaré á vuestro padre.

ALB. Cuándo partimos?

DAR. Mañana: dejadme disponer lo necesario á nuestra marcha; pero tened entendido, que me habeis de dejar que hable á vuestro padre... A propósito, cómo se llama?

ALB. Duperrier.

DAR. Duperrier! (*mirando la firma de la carta que antes le entregó Susana.*)

ESCENA XI.

Dichos y SUSANA.

SUS. Señor Darcy, vienen del castillo de Armonville, á buscar la contestacion.

DAR. Voy á darla en seguida. (No es en Lyon donde se encuentra el señor Duperrier... es en Armonville, y no iré mañana, sino ahora mismo.) (*alto.*) Vuelvo, amigo mio. (*dando la mano á Alberto.*)

ESCENA XII.

SUSANA y ALBERTO.

ALB. Susana?

SUS. Señor?

ALB. Sabes dónde ha ido mi muger?

SUS. La señora?.. (A casa del abogado del señor Girard, pero el amo no debe saberlo.)

ALB. No me respondes?

SUS. La señora ha salido á pasear un poco: hace un dia tan hermoso!

ALB. Tambien tú me engañas?

SUS. Yo, señor?

ALB. Si, todos me engañais: pero nada ignoro.

SUS. Cómo, señor?

ALB. Sé, Susana, lo que dice esa carta... (*señalando á la mesa.*) que mi hija me ha leido, sin sospechar que con su lectura me destrozaba el corazon!

SUS. (*examinándola.*) La carta del jóven de la iglesia?

ALB. De un jóven!

SUS. No culpeis á la señora... es muy hermosa y él muy osado... pero si se ha atrevido á escribirla, la señora le ha arrojado de aqui.

ALB. De aqui?.. Ha estado ese hombre en mi casa? El hombre que ama á Luisa, que quiere robarme mi tesoro, mi único bien? Ha estado aqui, y yo no le he hecho pedazos! Oh! que venga... que venga, y veremos... Desventurado! Qué has de hacer, si estás ciego! Qué has de hacer, si la perseguida esposa viene á guarecerse en tus brazos, reclamando defensa y proteccion! Humillarte, callar y pedir misericordia!

ESCENA XIII.

Los mismos, LUISA, *y el* DESCONOCIDO, *que la sigue.*

LUI. No me sigais, caballero: esto es indigno! Salid, y evitadme un escándalo!

DES. (Vuestro marido! Tened cuidado, que puede oiros!)

SUS. (El aqui!)

LUI. Salid, salid inmediatamente. (*á media voz.*)

ALB. Luisa! Eres tú, Luisa?

LUI. Si, amigo mio... ya he vuelto. (*queriendo ocultar su emocion.*) No habeis oido? (*al Desconocido.*)

DES. (Si, pero no marcharé, sin llevar antes la promesa de que me recibireis esta noche.) (*siempre en voz baja.*)
LUI. (Jamás! Qué verguenza!)
DES. Permanezco entonces!
LUI. (Sois un cobarde!) (*indignada.*)
SUS. No, no permanecereis!
ALB. Qué es eso? Con quién hablas, Susana?
SUS. Con el insolente que insulta á mi señora.
ALB. Está aquí? (*levantándose violentamente.*)
LUI. Susana!
SUS. El cual no quiere salir.
ALB. Infame! Yo le echaré! (*vagando por la escena hasta tropezar con el Desconocido, cuando lo indican los versos. Susana indica al Desconocido que se vaya.*)
LUI. Alberto! (*yendo á contenerle.*)
ALB. Aparta!
SUS. Aun permaneceis aquí?
DES. Siempre!
ALB. Si, siempre estareis aqui; pero estareis acechado, para caer como ahora entre mis manos, y para que os escupa en el rostro, y para que os humille á mis pies.
DES. Caballero!
ALB. De rodillas, miserable! (*Alberto, que ha agarrado al Desconocido por la solapa de su levita, sin abandonarle, busca su brazo, que sacude con violencia hasta que le obliga á arrodillarse.*)
DES. Vive Dios!
ALB. Si, sois un miserable; un ladron, que quiere en mi propia casa robarme mi honra, porque soy ciego y no puedo defenderme! Creeis acaso que no puede haber un duelo entre nosotros?
DES. Un duelo!
LUI. Qué horror!
ALB. Creeis que á esta distancia la suerte no sea igual? Mañana nos daremos las manos como ahora, y mientras la izquierda sujeta á su contrario, la derecha, armada de una pistola, buscará el corazon de su enemigo.
LUI. Corre, Susana... llama gente.
SUS. Voy, señora. (*vase.*)
DES. Vamos pues.
ALB. Temblais?
DES. Yo?..
ALB. Cuando se insulta á un ciego, el ciego tambien se bate; pero se bate hasta la muerte!
DES. Yo rehuso, caballero.
ALB. Es que yo sabré obligarte.
DES. Cómo?
ALB. Asi. (*levantando la mano para dárle una bofetada; el Desconocido aprovecha el verse suelto, y se aparta.*)
DES. Basta. (*conteniendole el brazo.*)
LUI. Por piedad... Quereis verme morir?
ALB. Con que mi afrenta quedará impune? (*cayendo en una silla inmediata.*)
LUI. Por favor! (*al Desconocido.*)
DES. Tranquilizaos; olvido los ultrajes de ese infeliz, y el duelo no tendrá lugar; yo no puedo batirme con un ciego! (*va á salir, pero Darcy, que ha salido momentos antes, le detiene con imperio.*)
DAR. Pero os batireis con un jorobado. (*cogiéndole del brazo y llevándole; Alberto manifiesta su alegria elevando sus manos al cielo; Luisa cae sobre una silla, ocultando el rostro entre las manos; cuadro, cae el telon.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Un salon en el castillo de Armonville.

ESCENA PRIMERA.

ARMANDO, *que es el Desconocido de los actos anteriores,* REMY, *y luego* DUPERRIER.

ARM. Dónde está mi padre?
REMY. En su habitacion, postrado por su dolencia.
ARM. Ha preguntado por mi?
REMY. Solamente ha mandado llamar un médico.
ARM. Los aires de Nimes le son tan fatales como los de Lyon, y no valia la pena de traernos á este billorrio, donde me muero de fastidio!
REMY. Y las mugeres son tan poco complacientes, no es verdad?
ARM. Si mi padre hubiese seguido mi consejo, hubiéramos fijado nuestra residencia en París.
REMY. Allí no seria tanto vuestro fastidio!
ARM. Y mi padre tendria buenos médicos...
REMY. Que siguiesen vuestros consejos!..
ARM. Por mi parte no pienso envejecer en Nimes.
DUP. (*saliendo.*) Podeis marcharos cuando gusteis, caballero!
ARM. Padre mio!
DUP. Y el médico, ha venido? (*á Remy.*)
REMY. Al momento le tendreis aqui.
DUP. Déjanos, y anúnciale tan pronto como se presente
REMY. Muy bien, señor. (*vase.*)

ESCENA II.

Dichos, menos REMY.

ARM. (Sermon tenemos! Prefiero irme.)
DUP. Dónde vais?
ARM. Dispensadme... un asunto de interés...
DUP. No os entretendré mucho tiempo; solo quiero saber, por qué habeis hecho bajar un mueble de mi cuarto?
ARM. Permitidme que os diga, que esta casa, como legítima de mi madre, me pertenece absolutamente, y nadie tiene derecho para disputarme su propiedad.
DUP. Si, pero no olvideis que á cuenta de ella, os tengo adelantado sumas enormes, las cuales esceden á su valor.
ARM. Respecto al mueble, tengo motivos para creer que encierra valores de importancia.
DUP. Dinero! Eso es lo que venis á buscar aqui; eso solo os ha conducido á mi lado!
ARM. He preguntado, asi que llegué, cómo estabais de salud.
DUP. La respuesta os debe haber dejado satisfecho, porque estoy cada vez peor.
ARM. Creed que...
DUP. Dejémonos de palabras inútiles. Qué habeis hecho de ese mueble?
ARM. Aun no lo he visto; la casualidad me ha hecho conocer al artífice que le construyó, y que habita en este pueblo, el cual me ha enterado de un secreto impenetrable para todos, por medio del cual puedo abrirse por cierto sitio, añadiéndome, que mi madre le mandó construir, sin duda para esconder valores de importancia. Si como creo, existen, son mios, y no juzgo que os opondreis á la órden que he dado, y que os estraña.
DUP. De ningun modo, caballero; pero á la vez que no os disputo el tesoro que suponeis contiene, no permitiré que sea abierto sino en mi presencia.

ARM. Eso es razonable, y voy á hacer cumplir vuestro deseo. (*vase.*)

ESCENA III.

DUPERRIER, *luego* REMY *y* DARCY.

DUP. No me engañaba; solamente la codicia le ha traido á mi lado. Cuántos desengaños me reserva el cielo! Ni un solo sér que me ame en el mundo! Si mi vida se prolongase, creo que maldeciria de la humanidad entera!

REMY. Señor!

DUP. Qué hay?

REMY. El médico acaba de llegar.

DUP. Que pase.

REMY. Servios entrar, caballero.

DUP. Sois vos el doctor Darcy.

DAR. Vuestro criado creo que os habrá dicho mi nombre?

DUP. Perdonadme, me habian hablado de vos, y no esperaba...

DAR. A un jorobado, no es esto? Pero sabed, señor mio, que un médico, para serlo, no necesita ser un Adonis; la ciencia se guarece en la cabeza y no en la joroba.

DUP. Os he rogado que vinieseis, caballero!..

DAR. (Y no me ruega que me siente.) (*llamando con la campanilla.*)

DUP. Qué haceis?

REMY. (*saliendo.*) Llamabais?

DAR. Si tal; para que me acerques una silla. (*Remy lo hace, y se va en seguida.*)

DUP. Sentaos, caballero.

DAR. Gracias. Qué edad teneis?

DUP. Creo que no viene al caso, el saber...

DAR. Cuando os lo pregunto...

DUP. Sesenta y dos.

DAR. Qué personas componen vuestra familia?

DUP. Qué quereis decir?

DAR. Os pregunto quiénes son los que os rodean; quiénes los que os aman?

DUP. Caballero, he llamado á un médico, y no á un confesor; mi cuerpo pertenece al primero; los secretos de mi alma son del segundo.

DAR. Cada cual cura á su manera. Para recetaros drogas y emplastos, podeis buscar á otro. Yo curo á mis enfermos, mas que por el pulso, por el corazon.

DUP. No estamos conformes.

DAR. Pues siento mucho haberos incomodado. (*queriendo irse.*)

DUP. No os marchareis sin que os haya satisfecho...

DAR. El dinero de mi visita? No me hace falta; soy mas rico que vos, y ni con un puñado de oro, retribuireis el daño que habeis causado á otros pobres que necesitan de mi asistencia.

DUP. Sin embargo...

DAR. Tengo el honor... (*se va y vuelve.*) Os aconsejo que empleeis lo que querais darme, en socorrer á los necesitados que pasan por bajo de vuestras ventanas, desnudos y hambrientos. (*se va.*)

DUP. Adios pues. (*cambiando de idea.*) Señor Darcy?

DAR. (*volviendo.*) Me llamais?

DUP. Doctor... sufro mucho!

DAR. Demasiado lo veo! Pero vuestra enfermedad es moral y no física. Vamos, dadme la mano, y abridme el corazon.

DUP. Preguntadme cuanto querais.

DAR. El momento no es muy oportuno; pero veo en vuestro semblante, las huellas de antiguas pasiones, no estinguidas todavia.

DUP. Es cierto.

DAR. Conozco vuestro pasado, y reasumiré diciéndoos, que vuestra medicina mas eficaz, es rodearos de una familia que os ame, y á quien amar. Teneis hijos?

DUP. Yo.., hijos?..

DAR. Si.

DUP. Tengo... uno.

DAR. Vuestra resistencia me prueba que teneis mas que ese.

DUP. Tambien es verdad; pero ese otro es, como si no existiera; si viviese, aun le maldeciria.

DAR. Eso quiere decir que existe. Cuando un padre amenaza con maldecir á su hijo, es que quiere perdonarle. Cuánto tiempo hace que no le veis?

DUP. Mucho tiempo, y no le veré mas.

DAR. Esa palabra os mata; luchais con un recuerdo, y el corazon se revela contra vos.

DUP. Oh! no me hableis de él; su memoria está velada por una mancha ignominiosa.

DAR. Dejémoslo pues. Y qué amigos os rodean?

DUP. Dos tenia. Genoveva, una pobre huérfana, á quien sus votos impiden estar á mi lado; el otro era mi notario; ha muerto.

DAR. El señor Rousseau!

DUP. Si.

DAR. Tenia una hija.

DUP. Pero no sé de ella; dicen que se casó.

DAR. Y no sabeis con quién?

DUP. No; solo deseo que sea feliz.

DAR. Pues no lo es, aunque lo merece mucho. Todas las desgracias han caido sobre esa honrada familia; un incendio ha devorado lo poco que poseian, y la jóven que conocisteis radiante de hermosura, hoy está pálida y marchita por las lágrimas y el trabajo.

DUP. Luisa! Pero yo soy rico, y...

DAR. Yo tambien lo soy; pero tiene, asi como su esposo, el noble orgullo de la honradez, y nada se les puede hacer aceptar.

DUP. Y qué medio ensayariamos?..

DAR. Tengo uno; vos necesitais cuidados y cariño; Luisa os ha conocido como amigo de su padre; traedla á vuestro lado; os cuidará, remunerando vuestra accion con el cariño que os hace falta.

DUP. Oh! si, al momento! Pobre Luisa!

DAR. Bien; pero y la otra?

DUP. Qué otra?

DAR. Su hija; porque tiene una niña, que es un ángel.

DUP. Traedla tambien.

DAR. Muy bien; pero me falta colocar el número tres!

DUP. Qué enigma!

DAR. No es enigma; es su marido; qué hacemos con su marido?

DUP. Que venga á vivir á mi lado.

DAR. Bravo! De ese modo estamos corrientes; no os pesará, porque es un corazon de oro.

DUP. Doctor, me habeis creado una nueva familia!

DAR. Pues esa es mi receta; os sentis mas aliviado?

DUP. Doctor, me habeis comprendido.

DAR. Quereis darme dinero todavia?

DUP. Os pagaré en amistad.

DAR. Es mejor moneda, y la prefiero con toda mi alma. (*vase.*)

ESCENA IV.

DUPERRIER, *despues* ARMANDO, *y dos criados con una caja mediana.*

DUP. Qué hombre tan estraordinario! Con su talento me ha hecho olvidar mis padeceres, y... (*viendo entrar á Armando.*) hasta á mi hijo!

ARM. He aqui la caja en cuestion. Cumpliendo vuestros deseos, no he querido abrirla sino en vuestra presencia.

DUP. (*á los criados.*) Colocad ese mueble sobre esa mesa, y salid. (*lo hacen; Duperrier registra los cajones.*) Esta caja está vacia.

ARM. Permitid; en la moldura está el secreto, y mi mano es mas fuerte que la vuestra; mirad... ya cede... (*la caja se abre.*) Veamos.

DUP. Esperad, caballero; os he dicho que no os disputaré el tesoro; pero como gefe de mi familia, me toca ser el primero en examinarlo. Cartas... papeles... un retrato de hombre!.. Una escritura!..

ARM. Una escritura!.. Permitidme... (*adelantándose.*)

DUP. Atrás, os he dicho; tened respeto á la memoria de vuestra madre! (*leyendo.*) (De Jorge Dourval!.. Un presentimiento me decia que estas cartas eran suyas! Ella le amó antes de nuestro casamiento! Y la infiel, habiendo jurado fidelidad ante Dios, recibia cartas de otro hombre!)

ARM. Qué contienen esos papeles?

DUP. (Dios mio! La pide una cita en nombre de su amor! En nombre de ese hijo cuyo amor le robó! (*con desesperacion.*) de ese Armando que es... que es su hijo!.. Su hijo!) (*con horror.*)

ARM. Esto es demasiado, caballero; quiero saber...

DUP. Aparta, infeliz, aparta!

ARM. No; mientras ha durado mi minoria he sufrido vuestro yugo; hoy que he roto esos lazos, os reclamo esos papeles.

DUP. Jamás!

ARM. No me obligueis, para adquirirlos, á recurrir á la fuerza.

DUP. Miserable! Concluye por levantar la mano sobre estas canas que insultas! No tiembles... no retrocedas... descarga el golpe sobre mi... yo no soy tu padre!

ARM. Qué no sois mi padre?

DUP. Toma esos papeles en donde buscas un Tesoro, y en donde encontrarás la deshonra de la que te dió el ser.

ARM. (*despues de recorrer rápidamente los papeles.*) Condenacion! Es esto cierto?

DUP. Salid... salid de aqui; yo no os conozco ni quiero conoceros.

ARM. Olvidais que si ante Dios no sois mi padre, ante las leyes soy vuestro hijo?

DUP. Infame!

ARM. Oh! nadie puede quitarme el apellido que llevo; yo defenderé mis derechos. (*vase.*)

ESCENA V.

DUPERRIER; *despues* LUISA, JULIA *y* GENOVEVA *con el trage de las hermanas de la caridad*; DARCY; *mas tarde*, ALBERTO.

Dios mio! Habeis decretado la espiacion de mi crimen! Yo abandoné á la desgraciada que era madre, para enlazarme con otra, y esa imprime el deshonor sobre mi frente! El hijo que lleva mi nombre no es mi hijo!.. Justicia! Justicia de Dios! (*cayendo en un sillon.*)

DAR. (*bajo á Luisa.*) Alli está; vamos, valor.

LUI. Le tendré, gracias á vos y á Genoveva, á quien la Providencia nos envia en estos momentos.

GEN. Señor Duperrier!.. (*llegando á él.*)

DUP. Al fin te vuelvo á ver, querida Genoveva! Qué feliz casualidad!..

GEN. He sido trasladada á un beaterio de París, y antes de emprender mi marcha, he querido veros.

DUP. Y vos tambien, querida Luisa!..

LUI. Señor!..

DUP. Conozco tus infortunios, pero ya han cesado; seré tu segundo padre... Y tu hija?

LUI. Con mi esposo, señor.

DUP. Ves, traelos al momento!

DAR. Despacito; hay que graduar las dósis; el uno despues del otro. Acércate, niña. (*llamando al foro.*)

JUL. (*saliendo.*) Me llamais, señor Darcy?

DUP. Hermosa criatura!

JUL. Gracias, caballero!

DUP. Es singular!.. Esas facciones!.. Esos ojos!.. (Qué recuerdo!)

DAR. (*enseñándole la niña.*) Y la boca, la nariz... si es el vivo retrato de su padre!

DUP. No me habeis dicho el nombre de vuestro marido, Luisa?

LUI. Tal vez le hayais olvidado.

DUP. Yo le conozco?

LUI. En otro tiempo le amasteis con ternura.

DUP. Su nombre!.. Decidme su nombre!

LUI. Le acusasteis de un crimen que no habia cometido!

DUP. Desdichada! Es él!

LUI. Mi esposo, señor. (*subiendo al foro y trayéndole.*)

DUP. Si... él es!.. Y se atreve... Oh! salid... salid de aqui!

ALB. Volvedme á mi guia, porque bien lo veis: estoy ciego!

DUP. Ciego!

DAR. Por desgracia es cierto! (*sigue hablando bajo con Duperrier.*)

ALB. Pero qué sucede?.. En donde estamos? Luisa... Julieta, en donde está tu madre?

LUI. Aqui estoy.

ALB. A dónde me habeis traido? (*sigue hablando con Luisa.*)

DUP. (No doctor... yo quiero...)

DAR. (Silencio, por Dios! Ya os he dicho que tengo una esperanza: pero la menor sensacion que esperimentase me la haria perder.)

DUP. (Callaré, doctor: para que no pueda reconocerme, le hablará Genoveva.

GEN. (*con emocion.*) Yo?

DAR. Sea. Querido Alberto; el señor Duhamel, dueño de esta casa, á quien buscábamos, no está; cuando entré, solamente nos aguardaba Genoveva.

ALB. Ah! Buenos dias, Genoveva. Nos han dicho que habia aqui colocacion para mi Luisa; mas creo que es un medio ingenioso de que el doctor se ha valido para aliviarnos en nuestra desgracia.

DAR. Os aseguro que...

ALB. Sea lo que quiera, doctor, jamás admitiré semejantes beneficios. Existe una persona á quien puedo, sin rubor, alargar mi mano, y ante la cual las lágrimas del agradecimiento no me humillarian tanto.

DUP. (Dios mio!)

ALB. Dudais acaso que mis súplicas no lograrian ablandarle?

DUP. (*ap. á Genoveva.*) Por qué no ha venido antes?

GEN. En qué consiste, amigo mio, que hayais sufrido tantas desgracias, sin acordaros de esa persona?

ALB. Acordarme! Pues acaso un hijo puede olvidar á su padre? Pero se exigia de mi la confesion de una falta de que estoy inocente, y no queria comprar su estimacion á costa de mi deshonra.

LUI. Pobre esposo mio!

ALB. Y qué pruebas tenia en contra de una acusacion tan repugnante, cuando las apariencias me condenaban?

GEN. Sin embargo, vuestra anterior conducta...

ALB. Veinte y cuatro años de una vida sin tacha, no eran bastantes; mi padre obró como debia, rehusando su perdon, si yo no confesaba mi falta; ambos cumplimos dentro de los límites de nuestra conciencia!

DUP. (Si, este es mi hijo!)

GEN. Pero ahora...

ALB. Ahora me arrojaré á sus plantas, regando con mi llanto su mano caritativa, y suplicaré por mi esposa y por mi hija; el cariño y el deber me imponen ese sacrificio, y la confesion que mis labios no pronunciaron, saldrá de ellos, comprando asi el alivio de sus males.

DUP. Oh! eso es demasiado! No puedo mas!

ALB. Esa voz... (*con agitacion y dirigiendo el oido á todos lados.*)

DUP. La reconoces, Alberto?

ALB. Dios mio!

DUP. Los ojos del corazon no me han reconocido!

ALB. (*con avidez.*) En dónde... en dónde!.. (*buscándole.*)

DAR. Calma! (*á Duperrier.*)

DUP. Dejadme, doctor, dejadme.

ALB. Luisa!.. Julieta!.. conducidme... llevadme... (*á Luisa y Julieta.*)

DUP. Hijo!.. Hijo mio!

ALB. Padre de mi alma! (*queriendo arrodillarse.*)

LUI. y GEN. Su padre!

DUP. En mis brazos! (*alzándole del suelo.*) Si, yo soy su padre; su padre, que llora la parte de desdichas que con su crueldad le ha proporcionado!

DAR. Todos mis planes se los llevó la trampa! Os habeis lucido! (*a Duperrier.*)

DUP. No temais, doctor; en mis brazos, ninguna desgracia le puede sobrevenir! (*abrazándole.*)

ESCENA VI.

Dichos y ARMANDO *por el foro.*

ARM. Escelente prespectiva! Buen asunto para un cuadro! (*á Duperrier que quiere reconvenirle.*) No os molesteis, señor; acabo de escucharlo todo!

LUI. (Este hombre aqui!)

DUP. Cómo! Sois vos quien!... (*con desprecio.*)

ARM. El mismo, padre mio!

ALB. (Su padre!) (*escuchando con interés.*)

DUP. Os atreveis...?

ARM. Vamos, ya comprendo la jugada! Inútiles medidas, porque mal que os pese, seré vuestro heredero, puesto que llevo un nombre...

DUP. Que deshonrais!

ALB. (Esa voz... Es el mismo que esta mañana...)

ARM. No está manchado, al menos, con ninguna acusacion de robo!

ALB. Caballero!.. (*con aire amenazador.*)

DAR. (No olvideis que tenemos nuestras cuentas pendientes.) (*á Armando.*)

ARM. (Lo recuerdo.) (*á Alberto.*) Parece que mi presencia basta á retener la continuacion de una farsa, que no tiene desenlace; vuestras lágrimas no son suficientes para rehabilitaros á los ojos del mundo; si no teneis otras pruebas...

ALB. La enfermedad que padezco me las ha quitado; porque si un dia recobrase mi vista, buscaria al criminal, al cual pude ver, á favor de los rayos de la luna que entraban por la ventana, durante nuestra lucha, y poco despues del robo.

ARM. (Gran Dios!)

ALB. Y comparandole con un retrato que conservo, que pude formar de memoria despues de mi enfermedad, podria designarle, para ponerlo bajo el brazo de la ley!

ARM. (El infierno se conjura contra mi!)

DUP. Qué te sucede? (*notando la turbacion de Armando.*)

ARM. Nada; me sorprende la audacia de ese hombre, para inventar novelas absurdas, y pruebas soñadas, pretestando su desgracia! Ya veis, formar de memoria el retrato de un hombre, á quien dice vió al resplandor de la luna! Eso es absurdo!

ARM. Pruebas soñadas, decis? Mirad, padre mio, ved este retrato que conservo en mi cartera, la cual nunca aparto de mi, porque una voz secreta me avisa, ha de llegar el dia de la justicia!

DUP. (*tomándola.*) Cielos! (*examinándole y cotejándole.*) Este es vuestro retrato! Luego vos sois el ladron!

TODOS. El!... (*admiracion general.*)

DAR. El mismo.

ARM. Delirais?.. Yo?...

ALB. Con que está aqui el autor de todas mis desgracias? Oh! dejadme... dejadme... (*todos le sujetan.*)

DUP. Alberto!

DAR. Amigo mio!

LUI. Por Dios!

JUL. Papá! (*á un tiempo todos.*)

ALB. No me detengais; á falta de la vista mi cólera sabrá guiarme.

DUP. Cálmate, hijo mio!.. (*á Alberto.*)

ALB. Pero no comprendeis?... (*con fuerza.*)

DUP. (*id.*) Os mando retirar, Alberto.

ALB. (*inclinando la cabeza.*) Obedezco, padre mio.

DUP. Luisa, y vos, Doctor, guiadle.

ALB. Por piedad, doctor, aunque peligre mi vida, yo quiero verle.

DAR. (*llevándosele, y Luisa.*) Venid, venid conmigo. (*vanse.*)

ESCENA VIII.

DUPERRIER, ARMANDO, GENOVEVA, *la cual está cerca de la puerta por donde han salido Alberto y los otros.*

DUP. Con que el miserable que se habia introducido en mi casa, que me habia robado, erais vos, caballero?

ARM. Qué pruebas teneis para acusarme?

DUP. Alberto no os habia visto jamás; la providencia grabó en su mente vuestras facciones.

ARM. Preguntadle por qué milagrosa casualidad, pudo pagar treinta y dos mil francos, que habia perdido en el juego?

GEN. (Qué dice?)

DUP. Vos sabeis?..

ARM. Lo he sabido... por Remy, que llevó la suma..... el cual os estaba escuchando, cuando en vano le preguntabais, con qué dinero habia pagado su deuda.

GEN. Lo que él no ha podido deciros, caballero, os lo esplicaré yo.

ARM. Vos?

DUP. Hablad, hablad, Genoveva.

GEN. (*á Duperrier.*) Os acordais del dia, en que al cumplir la última voluntad de mi padre, me entregasteis sesenta mil francos, que debian ser mi dote?

DUP. Es cierto!

GEN. Alberto me habia confiado su secreto, y para salvarle, pues queria suicidarse, mandé á su acreedor, una parte del dinero que me acababais de dar.

DUP. (*estrechando su mano.*) Noble corazon! (Dios mio! me habeis perdonado la muerte de su padre, al permitir que salvase la vida de mi hijo!)

GEN. Con la precipitacion con que contaba los billetes, cometí la falta de enviarle...

DUP. (*interrumpiéndola.*) Ocho mil francos de mas?.. To-

3 0112 127852918

do lo comprendo... (*llamando.*) Alberto?.. Alberto? (*se oye un grito en el cuarto de Alberto.*)

GEN. Dios mio!

DUP. Ese grito!... (*dirigiéndose al cuarto de Alberto.*)

ESCENA ULTIMA.

Dichos, LUISA, *en cuyas facciones está pintado el terror; luego* ALBERTO, *que vé, y* DARCY *que le sigue, con una venda de tafetan negro, en una mano, y paños.*

LUI. Detenedle, señor; detenedle, por Dios!

DUP. (*con ansiedad y vivo.*) Qué ha sucedido?

LUI. No habeis oido ese grito?..

DUP. Prosigue ..

LUI. A instancias de Alberto, el doctor se ha decidido á intentar la operacion; acabo de verle temblando, apoderarse del instrumento que ha de decidir de nuestra suerte... acercarle á los ojos de mi marido... despues un grito terrible, desgarrador... el miedo se apodero de mi... estaba loca...

ALB. (*seguido del Doctor, que en vano trata de contenerle.*) Dejadme, doctor, dejadme; os digo que veo... no lo ois? (*dirigiéndose á Duperrier.*) Padre mio!

LUI. (*con alegria á Darcy.*) Le habeis salvado, Doctor!

DAR. (*á Luisa.*) Dadme un abrazo, y me pagais con usura.

ALB. (*á Darcy, abrazándole tambien.*) Al fin os veo, doctor! (*reparando en Armando y clavando en él la vista.*) Ah! El es, padre mio, ese es el ladron!

LUI. (*asaltada de una idea repentina.*) Ah! (*se dirige al foro, coge á Julieta y la presenta á Alberto.*)

DUP. (*conteniéndole.*) Hijo mio!

LUI. Mira, Alberto!

ALB. (*viendo á Julieta.*) Es mi hija!.. Mi hija á quien no habia visto nunca! (*se arrodilla cerca de Julieta, coguiéndola en sus brazos.*) Gracias, Dios mio! Qué hermosa es!

DAR. (*poniéndole un vendage en los ojos.*) Vamos, un poco de paciencia! Acabo de salir bien de una operacion, y voy á ensayar el medio de haceros otra..... (*al público.*) No es cierto que tengo buena mano?

FIN DEL DRAMA.

MADRID, 1858.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, 13, bajo.